

Joaquín Camps

---

## LO INESPERADO



# LO INESPERADO

Joaquín Camps Torres

*Lo inesperado*

Primera edición: 2019. Primera edición en Amazon: 2024. © Joaquín Camps

Fotografía de cubierta: © Juana Torres y Joaquín Camps

Diseño de cubierta y cubierta posterior: © Joaquín Camps

Fotografía del autor: © Manuel Górrita

ISBN: 9798387019791

## NOTA DEL AUTOR

*Lo inesperado* es una novela llena de vivencias autobiográficas, esparcidas aquí y allá a lo largo de la trama, pero esta es una obra de ficción: ningún personaje se corresponde con nadie que exista en el mundo real. Ni siquiera Pablo Ruíz Picasso, que no estudió en Pavía. Todos los hechos que se narran y tienen lugar en el Collegio Ghislieri de esta ciudad italiana son pura invención. Tampoco hay constancia de que el genial pintor malagueño tuviese un romance con Kiki de Montparnasse (Alice Prin). Mucho menos que fruto de este idilio naciese una hija. También esto es invención del autor por necesidades argumentales de la obra, quiero que quede claro. Por otra parte, adoro el Museo Thyssen-Bornemisza de Madrid, razón por la cual me ilusionaba que apareciese en este libro. Pero los personajes vinculados a esa institución son fruto de mi fantasía, al igual que las cosas que hacen y dicen. Algo parecido sucede con La Vecina Rubia: una de las protagonistas de *Lo inesperado* idolatra a esta misteriosa (y exitosísima) *influencer*-escritora-empresaria. La sigue obsesivamente en redes sociales, copia sus frases... e incluso se hace pasar por ella. Creo que no es necesario aclarar, pero por si acaso lo hago, que yo no sé quién es La Vecina Rubia (ni yo, ni casi nadie en España aparte de Jon Kortajarena). ¡Ojalá! Como no es probable que algún día llegue a conocerla personalmente (o que si lo hago, sea consciente de ello), aprovecho estas líneas para darle las gracias por la gran cantidad de ideas chispeantes y frases ingeniosas que me ha regalado a lo largo de los años en sus *posts* de Instagram. Algunas de ellas han sido utilizadas en la presente novela, ya que como digo, hay un personaje obsesionado con La Vecina Rubia. Por último, pido disculpas por el atrevimiento de haber escrito los cinco pequeños poemas que aparecen en esta novela.



*ya que sentir está primero  
quien alguna atención preste  
a la sintaxis de las cosas  
no te besaré nunca por completo*

Edward Estlin Cummings

EL UNO Y EL INNUMERABLE QUIEN

Traducción de Ulalume González de León

Universidad Nacional Autónoma de México

Coordinación de Difusión Cultural

Dirección de Literatura

México, 2008

# IRENE Y SIMÓN

Un cuento de hadas,  
con mucho azúcar... pero sin final feliz

## 1.

Cuando el disco rueda sobre el plato, ella deja caer la aguja, con mucha delicadeza. Y cierra los ojos. ¿De dónde viene la música? ¿En qué guarida se esconde? ¿Dónde hibernan las melodías mientras esperan a que algún compositor las despierte? Irene es atea, pero tiene la sensación de que aquel que consiga responder a esas preguntas, tan grandes y tan pequeñas a la vez, será el primero en verle el rostro a Dios.

Sí, ella todavía escucha música en discos de vinilo, porque cree que así el sonido le entra en el cuerpo menos puro, pero más auténtico. Y lee en papel, ya que sospecha que la pantalla electrónica consigue su energía chupándoles la suya a los personajes de las novelas, sin que éstos se den cuenta. Y además, Irene, a pesar de no haber cumplido aún los treinta, solo cree en el sexo con amor. Y en el chocolate puro 100% cacao (estas dos últimas creencias seguramente están relacionadas). Por último, no hace falta insistir en lo que ya mencionamos al principio: está convencida de que las melodías maravillosas han existido desde siempre. Sus notas duermen en algún lugar que nadie conoce, ordenaditas en la secuencia perfecta. Esperando, esperando, esperando... esperando a que nazca y madure un compositor lo suficientemente genial como para despertarlas. Pero existir, esas melodías que a ella tanto le gustan han existido desde la noche de los tiempos.

Toda esa ingenuidad hace de Irene una mujer muy atractiva. Bueno, su belleza a lo Grace Kelly también ayuda, no vamos a negarlo, pero de la belleza los hombres se cansan pronto. En

cuanto la han estado usando unos pocos meses se dicen a sí mismos: “Sí, es guapa, pero...”. La ingenuidad, sin embargo, los mantiene alerta de por vida, desconcertados. Sobre todo si es una ingenuidad genuina (bonito juego de palabras). Porque la ingenuidad impostada, muy por el contrario, vuelve a las mujeres feas. Pero en esto, como en tantas otras cosas, Irene es una chica afortunada, ya que la suya es una genuina ingenuidad. Y quizás por eso está convencida de que antes o después llegará el amor a su vida<sup>i</sup>. Sí, seguro que cualquier día de estos llamará a su puerta ese príncipe azul que tanto añora. Cuando ella menos se lo espere aparecerá, de repente, sin avisar, porque las cosas más importantes de la vida siempre llegan así. El amor, la belleza, el tiempo... tienen dos características curiosas que Irene conoce bien: no debes esperarlos, y son imposibles de almacenar.

---

<sup>i</sup> Y con él, confía en que también llegue el sexo, que ya va siendo hora.

## 2.

Toc, toc, toc.

- ¡Adelante!

¿Será el amor? Llegados a este punto cabe preguntarse cómo un tipo así ha acabado llamando a la puerta de las oficinas donde trabaja Irene. Un tipo que ni con una genuina ingenuidad del tamaño de Canadá puedes llegar a convencerte de que es tu príncipe azul. ¡Pero si por su aspecto no te extrañaría que te recogiera la ficha en los coches de choque! Qué hombre tan destartado...

- Buenos días, ¿en qué podemos ayudarle? - Otilia lo observa con desconfianza desde su poltrona de jefa de administración<sup>ii</sup>.

- Vengo... vengo a ver a... al director editorial.

- ¿Y usted es...? - “angelito mío, ¿te has hecho el pelo tú solito? ¿Tal vez has usado demasiada saliva?”.

- Simón.

- ¿Simón...?

- Sí, Simón.

- ¿Simón... el Misterioso?

Él no parece entender el sarcasmo. Permanece impávido, pero muy tenso. Si en estos tiempos aún se estilara que los hombres llevaran boina, a buen seguro la estrujaría entre sus manos.

- Ahí tiene usted a la directora editorial. Adelante, sin miedo, que no come.

---

<sup>ii</sup> En realidad, Otilia es la única trabajadora de administración que tiene la empresa: estamos en una pequeña editorial de poesía, no en los *headquarters* de Microsoft.

El recién llegado se acerca a la mesa de Irene y se sienta, en silencio, pero tartamudeando con cada gesto: aquel rostro de ikebana le tiene hipnotizado.

“No, esto no puede estar pasando...”.

Recalibra su mirada: ¿tal vez es aún más guapa de lo que en un primer instante ha pensado? No. No es más guapa. No es eso. ¡De hecho eso es imposible! Lo que le tiene obnubilado es que ella le observa con dos ojos que parecen girasoles. Pero al contrario que los girasoles, que solo tienen ojos, ella además tiene mirada.

- Usted dirá.

- ...

- ¿Sí?

- Yo... verá... - “¿por qué me radiografía de ese modo?” -. Yo... he venido a...

- Ha venido a...

- Pues es que... - “esas pupilas me están atravesando, ¿será que tal vez le gusto un poquito? Menuda tontería, una mujer así jamás se fijaría en alguien como yo, pero me mira tan fijamente...” -. He venido a hacer un recado cerca de aquí, y...

Está en lo cierto: ¿por qué Irene le observa como si a Simón le ardiese el pelo? ¿Habrá sido un flechazo? Posiblemente, pero en el ojo: a la pobre le duele la vista al ver semejante descoordinación de colores.

“¿Combina la ropa lanzando dardos con los ojos vendados? ¿Camisa amarilla y pantalón caqui?”

Otilia, muy sutil, se pone las gafas de sol y le sonríe con sorna a su compañera.



Extracto de la primera conversación que mantuvieron Otilia e Irene cuando esta última se incorporó a la editorial<sup>iii</sup>:

- ¿Cómo has acabado aquí? Con lo joven y mona que eres, ¿no has conseguido nada mejor? Menudo negocio has hecho, pasarte el día leyendo poemas a cambio de cuatro perras...

- Yo creo que leer poesía es un gran negocio. Aunque no me pagaran nada, habría aceptado el puesto.

- ¡¿Un gran negocio?! No me hagas reír, que hoy me he apretado demasiado la faja y me duele si hago esfuerzos.

- ¡No deberías hacer eso, Otilia! ¿Te ayudo a aflojártela? No es sano para las costillas flotantes...

- Déjalo estar - “¿pero esta qué se ha creído? ¿Me estará vacilando con esa cara de pánfila que tiene?” -. Mira, bonita, me vas a tener que explicar dónde está el negocio en esto de la poesía, porque yo llevo aquí mil años y...

- Pues es muy sencillo: un mal poema no destrozará tu vida, pero un buen poema puede cambiártela de arriba abajo.

Definitivamente, hay cosas en este mundo que sólo merecen ser dichas por una mujer.



Irene, desde que la ha conocido, le deja sin respiración. Pero a la vez Simón advierte que el rostro que tiene enfrente es la razón de su respirar. Qué confuso es todo... El pobre no entiende que a todas luces se está enamorando por segundos (es la primera vez que le pasa), y uno de los síntomas de ese proceso es incurrir en contradicciones de todo tipo. Ahora, por ejemplo, debería decir algo inteligente para que en su interlocutora se despierte algún tipo de atracción, pero en lugar de eso Simón abre la boca y...

---

<sup>iii</sup> Este primer encuentro es muy revelador de la naturaleza de estas dos mujeres, ya que, como cualquier persona inteligente sabe, la primera vez que ves a alguien es la única vez que lo ves en realidad.

- ¡Hace mucho frío hoy! ¿A qué temperatura hiela aquí en Madrid? Yo es que soy valenciano, y allí ya sabe, el clima mediterráneo...

Y le sonrío. Y a pesar de la majadería que acaba de preguntar, su rostro, que no es atractivo, con la sonrisa entra de nuevo en contradicción, porque recuerda a un hombre muy atractivo. Sí, podríamos decir que Simón sonrío a lo Cary Grant. En realidad podríamos decirlo si alguien recordase hoy en día quien fue Cary Grant.

- Bueno, sí, hace frío... pero, ¿a qué se debe su visita?

- Hace unas semanas les envié un poemario, y como he venido a hacer unos recados aquí cerca, he pensado...

Otilia, mientras finge escribir en su ordenador, escucha la conversación de reojo<sup>iv</sup>. Y emite un sonoro carraspeo, tan descriptivo que nos atrevemos a traducirlo: “Claro, como pasabas por aquí, has pensado que en una editorial de poesía estamos medio día rascándonos la cigala y el otro medio rascando la lira en plan Nerón, así que, ¿para qué avisar antes de ir? Me planto en las oficinas y ya está, que para eso soy un artistazo”.

- Por supuesto. Si me dice su apellido, buscaré el expediente en nuestros archivos.

- Preferiría... preferiría no decírselo.

“¿A qué juegas, a hacerte el interesante? ¿Qué quieres, ligar con mi compañera? ¡Pero tú te has visto!”.

Otilia se revuelve en su asiento, porque Otilia no sabe que este es un extraño mundo, en el que los guitarrones más grandes a veces los tocan los mariachis más pequeños.

---

<sup>iv</sup> No se lo tengamos en cuenta: si te llamas Otilia, tienes elevadísimas probabilidades de intentar escuchar (de reojo) cualquier conversación ajena.

### 3.

- Bueno, cómo quiera... Simón es un nombre poco habitual, no creo que haya ningún problema en localizar el expediente - Irene se agacha y abre el archivador de su mesa; finge escarbar en él, mientras intenta sobreponerse a dos sensaciones: intriga y decepción -. Aquí está. Yo misma valoré su trabajo, y si hubiera dejado una dirección o un teléfono de contacto le hubiese llamado para comunicarle nuestra decisión. Pero como tan solo puso en el remite su nombre de pila...

Deposita el librito sobre la mesa y vuelve a mirar a su interlocutor. No es ni guapo ni feo, ni alto ni bajo, ni grueso ni delgado. Su aspecto no es extraño. Lo extraño es su falta de aspecto. Su no-forma. Su indefinición: en una habitación donde hubiese alguien más, Simón pasaría desapercibido. De hecho, incluso no habiendo nadie más en la habitación, tendría elevadas posibilidades de pasar desapercibido (sobre todo si el color de la americana coincide con el de las paredes). Y a Irene, que adora el cine antiguo y sí sabe quién es Cary Grant, a Irene, que posee como ya sabemos una genuina ingenuidad del tamaño de Canadá, a Irene, esa mujer buena que ya empezamos a conocer, le asalta un pensamiento algo cruel que es incapaz de refrenar: en el caso improbable de que hiciesen una película sobre Simón, él haría de personaje secundario. Y se siente desolada.



Hechos biográficos objetivos que explican por qué Cary Grant fue siempre un actor protagonista (ninguno de ellos es

compartido por Simón, lo cual explica por qué éste, de haberse dedicado a hacer películas, nunca hubiese pasado de personaje secundario):

- A los 13 años se escapó de casa para unirse a una compañía de teatro ambulante.

- Con 14 fue expulsado de la escuela por colarse en el vestuario de las chicas.

- Para poder mantenerse durante sus primeros años en Broadway, fue vendedor de corbatas, hombre anuncio y gigoló de damas y caballeros de la alta sociedad neoyorquina.

- En los años 50, para superar su alcoholismo, empezó a consumir LSD, convirtiéndose en un acérrimo defensor y divulgador de esta droga en el mundillo de Hollywood.

- Se casó cinco veces; su última boda fue en 1981: él tenía 77 años, 47 más que su esposa, Barbara Harris.



- Bueno, y... qué piensa de... - con la mirada señala hacia el librito, mientras se seca con disimulo el sudor de la mano contra el muslo, sobre el pantalón.

- Su poemario me ha enamorado.

Irene, por culpa de su desolación, lo ha dicho así, sin pensar. Y sin ser consciente de la literalidad de sus palabras.

- ¿Eso significa que le ha... gustado?

- Por supuesto. Me ha encantado.

- ¿Eso significa que lo quiere... publicar?

- Si usted está dispuesto a confiar en nosotros, será un placer publicar sus poemas.

Ella está acostumbrada a todo tipo de reacciones cuando pronuncia esa frase. Al fin y al cabo los poetas son gente

extraña: unos ríen histéricos, otros dan palmas y saltan como niños, algunos se limitan a achicharrarla con una mirada de logro. En una ocasión incluso un autor se subió a su mesa y empezó a bailar la balalaika<sup>v</sup>. Pero lo que no se imaginaba Irene es lo que tiene enfrente: Simón ahora parece un triste cantautor sin guitarra.

- ¿No... no se alegra de saber que va a ser publicado?

- ¿Está usted segura de... de su decisión? - habla aturdido, como si no hubiese escuchado la pregunta de Irene -. Tal vez debería consultarlo con su jefe...

- El dueño de la editorial ha delegado totalmente este tipo de decisiones en el departamento que dirijo.

- ¿Y con... algún compañero? ¿No debería consultar una decisión tan importante con algún compañero?

- Si le soy sincera... - azora la mirada, ahora se siente algo avergonzada - yo soy el único miembro del departamento editorial. Esta es una empresa pequeña.

Pero Irene pronto se rehace: “¡Normal que me haya puesto galones! ¡Menudo mareo: el autor metiéndole dudas al editor sobre la conveniencia de publicar su obra! ¡Esto es el mundo al revés, los conejos disparando a los cazadores!”.

- Yo es que no sé... ¿y si luego no gustan? Es tan difícil evaluar la calidad de un poema...

- Sí, lo sé, Simón. Pero a eso es a lo que yo me dedico, y le aseguro que sus poemas son excelentes. ¿Ha publicado usted anteriormente? Relatos, cuentos, tal vez otros poemas...

- No, nunca.

- Y supongo que antes de llegar aquí, llevó este poemario a otras editoriales.

- A seis.

- Y todas le dieron con la puerta en las narices, seguramente de malos modos - Irene intenta encontrar una explicación lógica a esta situación tan surrealista -. Pues tengo una buena

---

<sup>v</sup> En su descargo, debemos decir que era un autor de origen ruso con una afición desmesurada a Mayakovski y al vodka.

noticia para usted: no se preocupe, es lo normal. Todos los grandes poetas fueron rechazados antes de lograr triunfar. Quizás por eso ahora se siente inseguro, pero le doy mi palabra de que conozco mi oficio, y su obra es un excelente ejemplo de poesía...

- Las seis editoriales querían publicar mis poemas.

Ahora el único poema que se ve por los alrededores es el rostro de Irene. Y Simón se asusta de su susto.

“Le doy miedo, soy raro y le doy miedo, ¡y si le doy miedo jamás querrá salir conmigo! ¡Voy a perderla si no hago algo, si no hago algo *ya*, voy a perderla para siempre! ¡Este mundo es muy injusto!”

Es increíble con qué rapidez el mundo te debe algo que acabas de descubrir no hace ni cinco minutos.

#### 4.

- Estoy muy confundido, disculpe...

- Cállese, por favor. ¿Le apetece contarme por qué está tan alterado?

- Sí, claro... he venido al centro porque... - decide ser sincero, a medias; aunque “ser sincero a medias” le suena a “estoy un poco embarazado” - porque asisto a un curso de crecimiento personal, aquí al lado... vengo ahora de clase, y... las sesiones me dejan muy turbado...

Como siempre escuchan de reojo, son las orejitas de Otilia las que se vuelven ojipláticas:

“¿Con *curso de crecimiento personal* quieres decir *vengo del loquero que está intentando evitar que me lance al vacío cada vez que veo una ventana abierta?*!”

- Esté tranquilo, por favor, respire hondo.

Irene le observa. La confesión es totalmente coherente con el mostachín embrionario que luce. Toda su testosterona parece haberse concentrado en ese bigotillo ralo de mejicano sin pistolas. Hay que ver, nada le sale bien a este hombre: al dejarse crecer semejante atributo él aspiraba a llenar su rostro de gravedad, a lo Pancho Villa, pero le salió un bigotito a lo Cantinflas. Y es que el pobre no sabe que la gravedad, para que sea auténtica, requiere intuir el final. Y de eso, del final, Simón no tiene ni idea.

- No se preocupe, no ponga esa cara, su sinceridad le honra - de modo natural, Irene se apiada de él y posa su mano sobre el antebrazo de Simón: lleva tanto tiempo practicando con los hombres el amor-madre, que le sale sin querer -. Pobrecillo... mirarse por dentro siempre duele.

“¿Pero qué haces tocando a semejante mentecato?!”.

Otilia no da crédito...

“¿Es que no ves que el único *crecimiento personal* al que puede aspirar este tipo es al que ofrecen los alargadores de pene?!”.

- Pero ahora relájese, respire hondo para aclarar sus ideas. Yo tampoco estoy en mi mejor día, figúrese que me ha parecido entender que seis editoriales habían aceptado su poemario y...

- Eso es exactamente lo que ha pasado.

La que ahora respira hondo es Irene: esto es inexplicable, salvo quizás con la ayuda de una güija y un disfraz de mago Merlín.



En la sala donde nos encontramos, cuelga de la pared un tapiz hecho por Otilia (muy habilidosa con el macramé). En dicho tapiz puede leerse la siguiente frase:

*Si crees que tus maravillosos poemas tienen derecho a tener lectores,  
lárgate de aquí.*

*Son los lectores los que tienen derecho a tener poemas maravillosos.*



- Y si... si hay tantas editoriales que quieren publicar su poemario... ¿qué hace aquí?

- En realidad no sé si quiero publicarlo.

- Entonces... ¿por qué lo lleva de una editorial a otra?

- ...

- No le entiendo, lo que hay ahí dentro es... - señala con su barbilla de cristal hacia el librito.

- ¿Sí? Decía usted que lo que hay ahí dentro...

- Lo que hay ahí dentro es extraordinario, y todo el mundo debería tener la oportunidad de leerlo. No entiendo por qué duda usted en publicar algo tan hermoso.

- ...

- A no ser que... - le surge una idea, una idea que le hace albergar esperanzas -: ¿es usted el verdadero autor de estos poemas?

- Sí, claro que los he escrito yo...

- ...

- Pero... a la vez... no los he escrito yo.

Todos deseamos sinceridad, porque creemos que la sinceridad clarifica. Pero la mayoría de las veces una respuesta sincera te deja más perplejo de lo que ya estabas antes.

- No entiendo nada... esto es... todo esto es tan extraño.

Y al escuchar esas palabras, Simón toma conciencia de que va a tener que contarle la verdad. Porque si no confía en Irene, Irene nunca confiará en él. Y además, lo va a hacer tranquilo, sin miedo, porque el bello semblante que tiene enfrente, de improvisto, le ha revelado su verdadero poder: ella es una mujer a la intemperie. Tan desprotegida, que tiene la mejor protección, su pureza. En la vida, si tienes mucha suerte, puedes cruzarte con dos o tres personas así. Se las identifica porque es como si les faltase algo en su rostro, la máscara que todos llevamos puesta para que no nos agredan. Carecen de ese sistema inmunológico, y gracias a esa carencia sientes que puedes entrar dentro de esos seres con enorme facilidad, tan solo observándolos. No te van a juzgar, no te van a engañar, no van a fingir, ni a adular, nunca te envidiarán... Son como animales salvajes que no pretenden caer bien. Tan solo existen, habitan su pureza. A la intemperie.



El escritor estadounidense Edward Estlin Cummings envió su obra “70 poems” a catorce editoriales. Todas le rechazaron. Al final, ya cansado, aceptó los trescientos dólares que le prestó su madre y se autopublicó, modificando el título del poemario, que pasó a llamarse “No thanks”. Esta es la anti-dedicatoria que encabeza el libro:



Son los nombres de las catorce editoriales que le rechazaron, conformando la silueta de una urna funeraria.



- ¿Entonces estos poemas los ha escrito usted... pero a la vez no los ha escrito usted?

“¿Será bipolar? ¡Madre mía, con lo agotador que es llegar a conocer a un autor, tener que conocer a dos debe de ser una locura!”.

- Sé que le debo una explicación... pero aquí no puedo dársela - de reojo observa a Otilia, que a su vez le observa a él también de reojo, volviendo la escena un tanto estrábica.

- Pasemos, si le parece, a la sala de reuniones.

Ella hace ademán de levantarse, pero él permanece pegado a la silla. Y la observa. Una cadenita de oro cuelga del cuello de Irene. El trozo que reposa sobre la clavícula se pega a su piel siguiendo las sinuosidades del terreno: colinas y valles sobre los que corre el riachuelo dorado. Contemplando ese paisaje, sin poder evitarlo, nuestro hombre ha experimentado una erección.

- No. Aquí no puedo contárselo.

- Pero... ¿por qué? En la sala de reuniones podremos hablar más cómodos.

- No.

A ver quién es el guapo que se levanta con semejante izado de bandera.

- ¿Cómo... dice?

Es lo que tienen los pantalones de pinzas, no te disimulan nada. Y además, te hacen parecer mayor.

- He dicho... no - y por dentro le suplica a su cuerpo: “No me delates, por favor, no me delates... pórtate bien y no me delates” -. Mañana. En la Plaza Mayor. Bajo la estatua. A las seis.

Ha sonado a “Yo Tarzán. Tú Jane”. Pero ella más bien se siente la mona Chita.

- No entiendo por qué tenemos que quedar mañana por la tarde si ahora podemos hablar tranquilamente en la sala de reuniones. No tiene lógica.

¿Qué puede objetar Simón a una objeción tan objetiva? (¡!)

- Hay cosas que no tienen lógica, cosas que no sirven para nada... pero que embellecen el mundo - ¿se estará refiriendo a su erección? Estos poetas... -. Por favor, mañana se lo explicaré todo.

Irene se queda mirando esa mirada. Esa súplica. Y es entonces cuando advierte qué sucede: él en realidad le está pidiendo una cita.

- Me... me parece muy poco profesional - lo susurra, avergonzada no sabe muy bien de qué; y es que para algunas cosas es una chica muy poco actual, como de otra época -. Yo... no sé qué decirle...

- Pues diga tan solo que sí - es débil pero obstinado, como esas tortuguitas que salen del huevo para buscar el mar; a toda costa, nunca mejor dicho.

- No es apropiado... además, mañana por la tarde creo que había quedado ya...

- Anúlelo - vaya con la tortuguita.

- No... no sería correcto...

Nerviosa, finge consultar su teléfono, como si tuviese la agenda a reventar. Ya se sabe: el móvil, ese furioso competidor de la vida.

## 5.

Antes de aventurar cuál va a ser la respuesta de Irene, quizás deberíamos saber qué le ha pasado a nuestra protagonista en las últimas semanas. Concretamente, qué le ha pasado tras leer el poemario de Simón. Ella recuerda muy bien aquella noche, cómo olvidarla...

“Sin remite, ni apellidos. Otro poeta misterioso”.

Se lo había llevado a casa, para leerlo después de cenar. Y es que a Irene le gusta leer los manuscritos en su piso, porque leer un original es como abrir el cofre de un tesoro, y esas cosas se hacen mejor en un entorno seguro, alejado de ojos intrigantes. Por eso los manuscritos se los lleva a su casa de Chamberí. ¿Chamberí?! Sí, Irene vive en Chamberí, porque, aunque con los dos trabajos que tiene gana una miseria, ella es rica de familia, por lo que reside en uno de esos entornos burgueses que existen en todas las grandes urbes europeas. En uno de esos pisos patricios donde sientes que nada malo te puede pasar. Uno de esos espacios ideales para abrir el cofre del tesoro, tras rescatarlo de una playa pirata.

Todo era perfecto aquella noche: sofá bien mullido, mantita, chimenea encendida, techos altos, silencio absoluto, luz atenuada por una tulipa verde-inglés, una copa de vino... y tras la ventana, lluvia y frío<sup>vi</sup>.

---

<sup>vi</sup> Por poner algún pero, el escenario solo podría haberse mejorado si la lluvia se hubiese transformado en nieve: como todo el mundo sabe, la nieve es un poderosísimo potenciador sentimental; de hecho, ninguna mujer con dos dedos de frente debería aceptar una propuesta de matrimonio hecha en un día de nevada.

“Sin título. Sesenta páginas. Sesenta poemas. Escritos a mano... bonita letra - cuando abre el librito, cree poder escuchar el crujido de la tapa del cofre pirata -. Vamos allá”.

A pesar de toda esta edulcorada ambientación, debemos decir que Irene es una gran profesional, por lo que empieza a leer con escepticismo: normalmente los autores de los manuscritos que recibe no quieren escribir poesía, quieren ser poetas. Por eso un buen editor (y ella lo es) sabe ver la diferencia entre un poema y un poema que se parece a un poema.

“Pero... ¿esto... esto...?”.

Se asusta. Cierra el libro, y lo agita en el aire, como si fuese una coctelera. Pero al volver a abrirlo, mágicamente, todas las letras siguen en su sitio: no, no está soñando.

“Qué... qué maravilla”.

De nuevo intenta leer los versos, pero vuelve a suceder: siente que es ella la leída. Y otra vez se asusta. Porque sabe que está ante lo grande. Sus maestros le advirtieron que en la vida de un editor de poesía, si es un editor afortunado, antes o después llega ese momento:

“¿Cómo sabrás que estás ante lo grande? Muy sencillo, Irene: cuando intentes leer esos versos, te darás cuenta de que tú eres la leída... porque la gran poesía es esa que siempre te habla de tí”.

Empieza a sudar. Fuera mantita, nada de vino, a la porra la lluvia. Menos mal que en Madrid nieva poco. Respira profundamente: está muy nerviosa, recuerda a ese bombero que olvidó el protocolo de actuación justo cuando iba a enfrentarse a su primer incendio. Se pasea arriba y abajo por su piso patricio, que por primera vez ya no le parece un sitio tan seguro. Y regresa al salón, a contemplar la tapa del poemario, que también la observa a ella.

“Soy una profesional. Un libro no puede darme miedo”.

Se sienta de nuevo, para volver a hacer crujir la tapa del cofre. Y poco a poco, verso a verso, sucede el milagro: la vida

se le va abriendo. Raja su vientre ante Irene, para mostrarle su interior.

“Dios... Dios mío”.

Cuando acaba de leer el primer poema, alza el rostro con la respiración agitada: todo ha cobrado una nueva intensidad. La luz verde-inglés es más inglesa, la mantita es más mantita, las gotas de lluvia parecen copos de nieve. El mundo se ha disfrazado de mundo buscando la hiper-realidad, como esos fumadores que parecen fumadores interpretando a un fumador. Y vuelve a leer: en la tripa vieja y preñada de la vida, cuero antiguo, esos poemas son una cremallera de plata que Irene va recorriendo poco a poco. Verso a verso. No hay nada en ellos que ella no entienda, porque no hay nada más sencillo que explicarle algo a alguien cuando ese alguien ya lleva dentro las respuestas.

“Sí, Irene, tus temores son reales, la juventud se marchará, y con ella la belleza. Pero tranquila, aún tienes tiempo de ponerte a resguardo...”.

Y gracias a los poemas, por primera vez se siente liberada de una angustia muy íntima que la oprime desde hace años: la sensación de ser una mujer para más tarde, la sensación de ser una mujer a la que le espera algo maravilloso, pero ese algo siempre está en otro lugar o en otro tiempo.

“Estate muy tranquila, Irene, en el juego de la vida, cuando se detenga la música, tú no te vas a quedar sin silla...”.

Cierra los ojos, pero los poemas la siguen mirando.

“¿Quién ha escrito esta maravilla?”.

No sabe nada de él, tan solo que se llama Simón. Pero a la vez, gracias a este poemario, se siente muy unida a él. Sí, el librito que sostiene entre las manos es una especie de puente, que la ha unido a ese hombre. Y como dijo el filósofo, un puente no solo une dos orillas que ya existían, las crea. El puente les permite yacer la una frente a la otra, dándoles el sentido propio de orillas.

“Simón...”.

Intenta imaginárselo. Es joven. Sí, es joven, pero vivirá hasta muy viejo. Y por supuesto, se lo imagina guapo.

“¿Quién eres, Simón?”.

Además, no sabe el porqué, pero el hombre que ha escrito estas palabras tan fuertes, tiene que ser un hombre muy frágil. Y eso la enamora. Ella es así, sus amigas no la entienden: se siente atraída por la vulnerabilidad.

“¿Cómo has llegado a vislumbrar tanta verdad?”.

Ahora quizás el lector comprenda mejor la decepción de Irene al ver entrar por la puerta de su oficina a Simón, tan destartado. Sus dudas a la hora de aceptar esa cita. Y es que, cuando has albergado tantas expectativas, ¿le das a la realidad alguna oportunidad de estar a la altura?



“Si tengo la sensación física de que me levantan la tapa de los sesos, sé que eso es poesía”.

Emily Dickinson

## 6.

- Mañana, a las seis. Tomaremos algo y le cuento todo. Se lo prometo.

La tensión ante la respuesta de Irene, paradójicamente ha relajado la tensión que amenazaba con transformar los pantalones de pinzas de Simón en una tienda de campaña.

- No sé si debo... no creo que sea adecuado quedar fuera de la oficina - está tan nerviosa que ha cogido uno de los libros que se amontonan en su mesa y lo ha abierto por una página al azar: y todo se ha clarificado; como si la calabaza, de repente, se hubiese transformado en carroza -. Está bien, mañana nos vemos a las seis. En la Plaza Mayor, bajo la estatua.

El rostro de Simón crepita. El de Otilia se descompone.

“¿Pero cómo te atreves a quedar con semejante botarate?!”.

Muy sencillo, Otilia, muy sencillo. Irene ya te lo explicó una vez, pero a ti te apretaba demasiado la faja como para escucharla: un mal poema no destrozará tu vida, pero un buen poema puede cambiártela de arriba abajo.



Al abrir el libro, confusa y nerviosa ante la propuesta de Simón, Irene se ha topado con esta máxima taoísta:

*Si no consigues soltarte, no podrás salir del agua...*

Y de repente se ha visto a sí misma flotando en medio del mar agarrada a un madero; puede ver la orilla, pero está lejana: “¿Tendré fuerzas suficientes para llegar? ¿Debo renunciar a la

precaria seguridad de este madero, que es lo único que conozco? ¿A cambio de qué?”.

*Si no consigues soltarte, no podrás salir del agua...*

Este verso lo ha encontrado, por pura casualidad como hemos visto, en el ejemplar de *Alex* publicado por Alfaguara, edición del 2015 (autor, Pierre Lemaitre). Si en un universo paralelo, en lugar de abrir dicho libro por la página 59, lo hubiese abierto por la página 88, Irene habría leído lo siguiente:

*El hombre sostiene el teléfono con el brazo extendido y sonríe, una mueca que no presagia nada bueno...*

En ese universo paralelo, el resto de esta novela nunca hubiese acontecido.

## 7.

Prácticamente no ha dormido. Como si el sueño fuese incapaz de contener sus sueños. Y lo curioso es que se levanta de la cama, y por primera vez tiene la sensación de que su habitación es incapaz de contener su espíritu. ¿Qué les pasa a los contenedores de su vida? ¿Por qué de repente parecen haberse encogido? ¡Hasta su cuerpo, siempre tan tranquilo, hoy da la impresión de que se va a rajarse por los respaldos! ¡Necesita saltar, gritar, correr! Tiene unas sensaciones tan extrañas, tan desasosegantes...

Simón no es capaz de ver que a sus contenedores no les pasa nada. Ni al sueño, ni a su habitación, ni a su cuerpo, les ha disminuido el cubitaje. Es él, su yo más profundo, el que ha cambiado: desde su conversación con Irene está en un estado expansivo que nunca antes había conocido. Por eso cualquier envoltorio ahora le resulta estrecho. Porque por primera vez, Simón está descubriendo algo que la mayoría de las personas conocemos de modo instintivo: todo lo que está vivo, desea vivir.

A sus treinta y tantos años, estaba convencido de que en su vida romántica ya no iba a acontecer gran cosa. Es un hombre tan raro... Pero eso ya no le desesperaba, esa fase ya pasó. Sencillamente, le ponía triste. Y de repente, Irene.

“Hoy no iré a trabajar, hay mucho que hacer - se observa en el espejo del cuarto de baño -. Lo primero ir a cortarme el pelo, menudas greñas. Luego comprarme ropa adecuada, y una colonia muy varonil, y...”.

A Simón, al no haber estado nunca enamorado, le entran las prisas: quiere hacer todo lo que no ha hecho hasta ahora, como si creyese que el tiempo perdido puede recuperarse. Recuerda a la mosca del vinagre, que en dos semanas tiene que realizar todas las tareas de una vida.

“¿Debo comprarle algún regalo? ¿Si le llevo un ramo de rosas resultará empalagoso?”.

Los grandes seductores, esos hombres que siempre están rodeados de mujeres que los desean, emanan una seguridad en sí mismos que se parece un poco a la prepotencia. A él le pasa justo lo contrario, cuando es rechazado por una mujer siempre piensa que la culpa es suya: “Algo habré hecho mal”. Pobre Simón... *el que prefiere que los otros tengan razón.*

- ¡Saca tu cara de mi espejo!

Ha vuelto a suceder. Desde ayer ve la imagen de Irene por todas partes. En las nubes del cielo, en el gotelé de las paredes, en la corteza del pan, en los cráteres de la Luna...

“¿Me estaré volviendo loco?”.

Su naturaleza hipocondríaca se preocupa: se excita tanto al verse tan excitado, que teme estar entrando en un bucle de recalentamiento que le conducirá sin duda a una implosión.

“Debería anular la cita y olvidarme de Irene...”.

La idea le resulta atractiva pero imposible. Como desinventar las centrales nucleares.

“¿Por qué... por qué estoy tan aterrado y tan feliz a la vez?”.

No tienes nada de qué preocuparte, Simón, el amor produce estos extraños cócteles emocionales. ¿Qué otra cosa ibas a sentir, cuando el futuro se te presenta cerrado de par en par?



Si Simón conociese la historia de Catalina de Vivonne, marquesa de Rambouillet, quizás dejaría de preocuparse tanto por su aspecto físico de cara a su cita de esta tarde. Madame de Rambouillet fue una mujer excepcional, creadora en el siglo XVII del primer salón literario parisino. Este salón tenía la

particularidad de priorizar la presencia de mujeres contertulias, algo muy poco habitual en la época. Catalina estaba obsesionada con la sutilidad del lenguaje, y con el poder de las palabras: se le considera la aristócrata que inicia el arte de la conversación como instrumento de influencia social. A partir de entonces, hasta los feos podrán seducir. Y si no, que se lo pregunten a otro ilustre francés: Jean-Paul Sartre.



- Siéntate, abuela, te preparo el desayuno en un periquete - Simón tiene la cabeza metida dentro de la nevera; al sacarla, se queda mirando a la anciana - ¡Pero abuela! ¡¿Qué haces con el traje de novia puesto?!

- No querrás que vaya en camisón a mi boda. Tienes unas cosas... a veces pienso que se te va un poco la cabeza.

- ¿Tu boda?

- Claro, me caso hoy. ¿No me digas que se te había olvidado? ¡Si tú te encargas de los anillos!

El suspira, pacienzudo.

- Abuela, te casaste hace sesenta años y el abuelo murió hace diez - ella se le queda mirando con cara de estar haciendo una división mental; con decimales -. Pero tranquila, es el Alzheimer, no te preocupes.

La señora parece de todo menos preocupada: en estos momentos, sentada a la mesa de la cocina y tan pichi enfundada en su traje de novia, está echándole ketchup a un donut de chocolate.

- Yo no tengo Alzheimer, tengo estreñimiento crónico. Por cierto, ¿tú quién eres?

Le da el primer bocado, y a Simón se le revuelve el estómago.

- Tu nieto, abuela, soy tu nieto... y deja los donuts tranquilos que ese es mi desayuno. Ahora te preparo el tuyo - suspira de nuevo y se vuelve hacia el banco de la cocina; enchufa la radio y pone dos rebanadas de pan en la tostadora, mientras habla, para

desahogarse -. Hoy no iré a trabajar, tengo muchas cosas que hacer. Me da un poco de vergüenza contártelo, pero esta tarde tengo una cita.

Ella le observa trastear, mientras mastica. Qué sabor tan curioso...

- Ya sabes que yo con las chicas no tengo mucha experiencia, pero esta me gusta de verdad, y no sé cómo...

La anciana le escucha del mismo modo que escuchamos las instrucciones en caso de emergencia en un avión.

- ¡Ahhhhhhhhh!

¿Se habrá estrellado el avión? Él se gira hacia su abuela, lívido. Asustado. Ha vuelto a pasar: al abrir el paquete de jamón serrano de Mercadona, ahí estaba. En la primera loncha. La cara de Irene.

- ¿Qué es lo que te pasa, Simón?

Menos mal que su nieto ya traía la perplejidad cosida al rostro, porque esta es la segunda aparición paranormal en menos de treinta segundos: la abuela hace meses que no le llama por su nombre.

- ¿Sabes... sabes quién soy?

- Qué cosas tienes, ¡claro que se quién eres! ¡¿Crees que a una abuela se le olvidan sus nietos?! Y deberías alimentarte mejor - mira con cara de asco el medio donut que yace en el plato, cubierto de ketchup -. Respecto a esa novieta que te has buscado... - y ahora mira con cara pizpireta a su nieto, que luce un aspecto casi tan esperpéntico como el donut - yo te diría que de momento no le comentas que vives con tu abuela. A tu edad, esas cosas no quedan bien... a las chicas nos gustan los hombres un poquito más *echaos palante*.

A veces pasa. Muy de vez en cuando ella sale de su sima. Seguramente ha sido la impresión que le ha producido su alarido: Simón tiene que aprovechar, el efecto se evaporará en escasos segundos. Además, él no tiene nadie más a quién acudir. Menudo panorama... Y para rematar, en la radio suena Eros Ramazzotti.

- Abuela, no sé qué hacer... me da miedo espantarla, que vea como soy y se asuste.

- Cariño, tienes que librarte de tu pasado. De tu pasado y de ese pijama tan feo que llevas... Tus fracasos sentimentales son una losa que no te deja avanzar, pero es el momento de cambiar, no puedes retrasarlo más. Pensar y actuar libres del pasado implica dejar que las cosas sucedan... y permitir que la vida nos dé algún sustito: merece la pena desprendernos de nuestra colección de fósiles y dejarse sorprender por lo inesperado.

Simón intenta centrarse en el mensaje, mesiánico, y no en el extraño mesías que lo emite (y que a todas luces le resta credibilidad).

- A tu edad todos creemos que nos sobra el tiempo para realizar nuestros sueños, para enamorarnos, para ser felices. Todos creemos que no hay límite para dudar, para retrasar las decisiones importantes: casarte, tener hijos, decirle “Te quiero” a tu madre. Pero mírame ahora... sin tiempo. Muerta en vida. Ya sin sueños.

¿Está sucediendo esto de verdad? ¿Es posible semejante disneyficación instantánea de una anciana con Alzheimer? Seguramente sí, porque él está a punto de llorar<sup>vii</sup>.

- ¿Estás enamorado, Simón?

- No... no lo sé. No la conozco mucho... pero yo creo que sí, porque he empezado a entender las canciones de Eros Ramazzotti.

El aludido berrea por la radio. La pobre anciana no ha soportado el *shock*: lo que acaba de escuchar en boca de su nieto es demasiado duro. Sus ojos, otra vez de corcho, dejan claro que ha vuelto a refugiarse en su sima. Aunque sigue poniendo

---

<sup>vii</sup> En aras de la credibilidad de esta novela, damos fe de que en el *Journal of Alzheimer's Disease* se recogen casos similares. Por tanto, recomendamos al lector releer los pensamientos que la abuela de Simón ha enunciado en un instante de iluminación, intentando abstraerse de lo esperpéntico de la situación: es bien sabido que un mal momento puede acabar con una buena idea.

cara memoriosa, la enfermedad es obvio que vuelve a campar a sus anchas, por lo que la anciana, a pesar de vestir de blanco, ahora recuerda a una Coca-Cola desventada. Suena un móvil.

- Dime, Carmen.

- ¿Quién es? - la abuela se levanta y escarba en los cajones de la cocina.

- Tu nieta Carmen, mi hermana. Y deja de revolverlo todo que luego soy yo quien tiene que asearlo.

- Simón, me tienes que hacer un favor enorme.

- No conozco a ninguna Carmen, pero dile que se venga a la iglesia. En las bodas cuanta más gente mejor.

- ¿De qué se trata?

- No encuentro el pintalabios, el bueno... ¿No lo habrás cogido tú?

- Para qué quiero yo tu pintalabios, abuela... Dime, Carmen, perdona.

- Necesito que recojas a tu ahijado hoy. Es una emergencia, no puedo estar a las cuatro y media en el colegio...

- Hoy imposible. Tengo una cita a las seis.

- A ver cómo me presento yo en mi boda sin pintalabios... por menos de eso a alguna la han dejado plantada en el altar.

- ¿Una cita con quién?

- ¡Abuela, estate quieta! ¡Deja de revolver los cajones! Una cita con nadie, no puedo...

- Bueno, a ver si hay suerte, Casanova, que a este paso te vas a quedar para vestir santos. Si recoges a Héctor a las cuatro y media en punto lo dejas en mi casa a las cinco, que allí está la chica que limpia y ella se encarga de todo...

- No... no puedo. Es una cita importante, tengo que ir relajado, y además, no te lo tomes a mal, pero ya sabes que Héctor es un poco...

-... y aún te queda una hora de margen para ver a tu tortolita. ¡Arreglado! Un beso, te dejo que voy de cráneo. ¡Gracias!

¿Por qué nadie le toma nunca en serio? En estos momentos Simón lleva la cabeza más cargada que el plato de su abuela en un buffet libre. Es precisamente ella la que toma la palabra.

- ¿Se puede saber quién es el señor que me esconde las cosas en mi propia casa?! - mira a su nieto con ojos acusadores; y como siempre, él suspira.

- Alzheimer, abuela, es el señor Alzheimer... Menudo tipejo, no te puedes fiar de personas así.

Está tan aterrorizado que le entran ganas de abrazar a la anciana indefensa que tiene enfrente. Para así poder compartir con ella el miedo inmenso que los inunda a ambos, el miedo que genera la incertidumbre, lo desconocido... Sí, lo sabe, compartir el miedo no es la mejor estrategia para superarlo, pero sí para cohabitar con él. Que es lo que lleva haciendo toda su vida... ¡Menudo antihéroe! ¡¿Así cómo va a enamorar a una mujer?!

- Abuela...

- ¿Es a mí?

Se contiene y no la abraza aún, porque los ojos de corcho que le observan no tienen futuro, pero todavía guardan algo de pasado, allí, en el fondo...

“Merece la pena desprendernos de nuestra colección de fósiles y dejarse sorprender por lo inesperado...”.

Se acerca a la anciana y le da ese abrazo. Ella no entiende nada, ni falta que hace, ya ha cumplido su misión: hacerle entender a su nieto que la mayoría de las veces lo que necesitamos no son consejos, sino ánimos para poner en marcha lo que sabemos que tenemos que hacer.

## 8.

Aunque todavía no ha cumplido los treinta, a Irene le gusta la ropa *vintage*, porque tiene la sensación de que no hay nada que te vuelva más antigua que vestir como una moderna. Por eso los tres vestidos que yacen sobre su cama parecen los espíritus de tres pensamientos vaporosos y lánguidos; pensamientos del pasado, recuerdos de paseos felices por la campiña inglesa. Si ahora entraran por la puerta las tres hermanas de Downton Abbey, desnudas, y cada una de ellas se metiese en uno de los vestidos, todo resultaría de lo más natural. Pero eso no es probable que suceda, por lo que Irene tendrá que resolver un dilema que desde la noche de los tiempos atormenta a las mujeres que se están preparando para una cita: ¿qué me pongo?

Duda, mira, remira... Al final, se decide por uno. Y con él ya puesto, le hace una pregunta al oráculo del espejo. La pregunta:

- ¿Este vestido dice de mí justo lo que quiero que Simón escuche?

Pero el oráculo del espejo, en lugar de darle una respuesta que complazca a sus oídos, le contesta con otra pregunta<sup>viii</sup>:

- ¿Y qué es lo que quieres que Simón escuche?

- Que soy una gran profesional, que voy a cuidar su obra, que nuestra editorial es mucho más seria que esas otras seis editoriales que quieren publicarle...

- ¡Ah, entiendo! Entonces lo que tienes con Simón esta tarde es una reunión de trabajo.

- Sí, por supuesto.

---

<sup>viii</sup> Esta es una mala costumbre que se ha observado especialmente en los espejos de las mujeres inteligentes.

- Pues es curioso, porque es la primera vez que estás tres horas arreglándote para una reunión de trabajo.

- ...

- Es la primera vez que llamas al museo y les mientes: estoy enferma, esta tarde no podré ir a trabajar.

- ...

- Es la primera vez que casi te da un colapso nervioso cuando al levantarte por la mañana y enfrentarte a mí, te has visto un grano en la frente y le has gritado: “¡Justo hoy tenías que aparecer!”.

- ...

- ¿Sabes lo que pienso? Pienso que a veces nuestra mente ve lo que nuestro corazón quiere que sea verdad. A veces necesitamos justificar aquello que nos apetece.

- ...

- Pero también pienso que tú eres demasiado lista para caer en semejante engaño: esta tarde lo que tienes es una cita romántica, no una reunión de trabajo.

- ...

- Y aclarado este punto, sí, este vestido es perfecto, dice de ti justo lo que quieres que Simón escuche: que eres una mujer maravillosa.

## 9.

A pesar de su aspecto de vendedor de Biblias, Simón tiene una naturaleza optimista. Sí, siempre lo ha sido: en una amenaza, ve enseguida una oportunidad<sup>ix</sup>. Quizás por eso, mientras espera en la sala de juegos del módulo de primaria a que salga su sobrino de clase, se alegra de que el egoísmo de Carmen se haya impuesto. Y se alegra de su propia pusilanimidad a la hora de negarse a hacerle un favor a su hermana. El destino, a veces, se apiada de los débiles...

Está solo, de pie, y observa con detenimiento todo lo que le rodea: las pequeñas sillas, las pequeñas mesas, las pequeñas perchas, las pequeñas mochilas, los pequeños abriguitos, las pequeñas bolitas de plastilina... ¡Cómo no se le había ocurrido la idea hace ya tiempo! ¡Para un hombre con una autoestima tan estropeada como la suya, pasarse por un colegio antes de acudir a una cita es la mejor terapia!

Tras asomarse al pasillo para estar seguro de que no viene nadie, se sienta con precaución en una de las minúsculas sillitas. ¿Se romperá? Le resulta simpático que sean de colores tan estridentes. Debido a la escasa altura del mueble, sus extremidades deben plegarse, estilo saltamontes. Las rodillas, por supuesto, no le caben bajo la mesita que tiene enfrente. Y sucede lo que tiene que suceder: se siente un Gulliver poderoso, en un mundo liliputiense de minúsculas personitas de tamaños y espíritus insignificantes. Menudo subidón...



---

<sup>ix</sup> Esa capacidad confiere a su espíritu un aire algo oriental; de hecho, Simón ha pensado muchas veces que si hubiese nacido chino, habría sido más feliz.

- He escrito los poemas... pero no los he escrito yo.

¿Hay algo que despierte más deseo en una mujer que un hombre con misterio?

- He escrito los poemas... pero no los he escrito yo.

Desnuda de nuevo, Irene se pasea por su piso patricio, escuchando una de esas melodías sublimes que está convencida que existen desde siempre. Se le ve con un aire tan ensoñado... ¿No se habrá enamorado de Simón? Por supuesto que no, tan solo lo ha visto cinco minutos. Y ella no es de esas mujeres que creen en el “madre mía me estoy imaginando teniendo hijos contigo” a primera vista. De quien se ha enamorado es de sus poemas. Ya se sabe, cuando no tienes nada mejor que hacer, te enamoras de cosas. Aunque hay que reconocer que los poemas, dentro del reino de las cosas, son quizás las cosas más parecidas a personas que existen.



Sentado en la minúscula sillita, Simón siente como su autoestima se fortalece por segundos. Eufórico ante el efecto producido por la terapia, busca más dosis: va a la percha de clase y coge un abrigo al azar. Evidentemente, no se lo puede poner, por lo que se lo echa sobre los hombros.

“Mi espalda es tan ancha... es la espalda que sostiene el mundo”.

Y entonces ve el letrero: “Aseos”. Se mete en el de chicos. Ante él hay media docena de mini-urinaris de pie que le llegan por la rodilla. Y la suerte está de su parte: tiene ganas de mear. Mientras hace esfuerzos circenses para conseguir que el chorrillo caiga en la boca del pequeño retrete, se queda impresionado por el tamaño comparativo que ha adquirido su pene gulliveriano: decididamente, venir a recoger a su sobrino ha sido todo un acierto.

- Perdona... ¿es usted el tío de Héctor?

El profesor que se asoma por el quicio de la puerta de los aseos parece incómodo. Simón sin embargo parece... bueno, dejémoslo, no le avergoncemos más de lo que ya está.

- Sí... sí... soy... yo...

En estos tiempos de pedofilia desaforada, ver a un adulto intentando orinar en los lavabos de una clase de primaria con un abrigo de Hello Kitty sobre los hombros, es como mínimo comprometedor.

- Voy... voy enseguida...

Se quitaría el abrigo, pero tiene las manos ocupadas. Y además, Simón está casi seguro de que la Ley de Protección del Menor prohíbe tocar a Hello Kitty si justo antes te has tocado el pene.

- Tranquilo, no hay prisa.

¿Ha sido una amenaza? Rojo de vergüenza y muy nervioso, intenta imprimirle cierta elegancia a un acto que por su propia naturaleza no puede ser jamás elegante: subírte la bragueta. Y menos cuando te observa un profesor que sospechas que sospecha que eres un perverso.

- Voy... voy enseguida...

Menudo temblor de manos... Si nuestro hombre algún día se queda en paro, a buen seguro no se hará ladrón de pandeteras.

- ¡Ahhhhhhhhhhh!

Segundo alarido del día. ¿Habrá visto el rostro de Irene en esa humedad de la pared?

- ¡Ahhhhhhhhhhh!

No, esta vez es algo más grave. Ha pasado lo que tenía que pasar: con tanto temblor de manos, Simón se ha pillado la colita con la cremallera de la bragueta de sus pantalones nuevos<sup>x</sup>.

- ¡Ahhhhhhhhhhh!

Da saltitos de dolor mientras intenta arreglar el estropicio.

- Le... le esperamos mejor en el aula.

---

<sup>x</sup> Debemos advertir que el uso del diminutivo “colita” no pretende de ningún modo calificar el tamaño del pene de Simón; tan solo pretende quitar hierro al asunto... nunca mejor dicho.

De nuevo a solas, respira profundamente, intentando así reprimir el llanto. Siente que su pene ha sido ya liberado, pero no se atreve a mirar.

“Justo hoy, justo hoy me tenía que pasar esto... me voy a la guerra con el fusil encasquillado”.

Al final, agacha con temor la cabeza para ver la magnitud de la tragedia... ¿Se lo habrá seccionado de cuajo? En escasos segundos ha pasado de Gulliver poderoso a eunuco castrado: la vida, que es una tómbola.

“A lo mejor no ha sido tan buena idea lo de venir al colegio... al menos parece que las joyas de la corona están sanas y salvas”.

Se observa el miembro por el derecho y por el revés, rezando para que en ese momento no entre otro profesor en el cuarto de baño. Y entonces oye la voz.

“Déjame en paz... ¡Te he dicho que me dejes en paz!”.

Normalmente procura no escuchar demasiado a su superyó, pero como es un tipo mucho más alto que él, la voz del superyó se impone:

“No te dejes en paz, mequetrefe. ¡¿Se puede saber qué clase de hombre necesita sentarse en una sillita rosa y mear en un urinario de niño antes de ir a una cita con la chavala que le gusta?!”.

Sí, este es uno de esos superyós que disfrutan haciendo leña del árbol caído... Nos entran ganas de encararlo y decirle: “¡Cierra la boca! ¡¿Estarías tan flamenco si tu superpene se hubiese quedado trabado en la bragueta de tus superpantalones?!”. Simón, sin embargo, no lo encara, ni le dice nada. Agacha la mirada y guarda silencio, mientras se acuclilla apoyando la espalda contra la pared. Y la imagen, sin sentido alguno, adquiere de repente connotaciones religiosas.

Estas connotaciones quizás sean debidas a que Simón tiene la misma edad que Jesucristo al morir. Y al igual que éste, parece

una de esas personas que están siempre huyendo del sitio al que realmente quieren llegar.



- ¡Hola, Héctor! ¿Cómo ha ido el día?! - el optimismo exagerado de Simón liquida cualquier posible intento de naturalidad; el temblor de la voz tampoco ayuda - ¡Te he traído merendola!

“¿Ese profesor me mira como si acabase de llamar a la policía y ésta le hubiese dado instrucciones de fingir normalidad mientras espera a que lleguen a detenerme?”

- Tío, ahora no puedo atenderte. Y hueles raro.

A Simón no le parece la voz de un niño. Más bien le parece la voz de un actor de doblaje simulando ser un niño.

- Sí, bueno, el tío se ha comprado una colonia nueva...

La verdad es que esa voz da un poco de miedo.

- ¿Es que no ves que estoy ocupado?

Justo lo que menos necesita ahora la autoestima de Simón: sentir que un crío de siete años le da órdenes.

- Claro, sí, vale... te he traído merienda... nada de bollería industrial, solo lo que a ti te gusta: pan de centeno y aguacate natural.

Debe confesarlo: su sobrino le intimida. ¿O tal vez el que le intimida es ese profesor que no le quita ojo de encima? Se tranquiliza un poco al ver que no es el único intimidado en el aula: Héctor va arriba y abajo dando órdenes a diestro y siniestro, sin que ninguno de sus compañeritos se atreva a rechistar.

- Lo hace todos los días... - una de las profesoras, con aspecto de seleccionar las basuras de su casa en quince cubos de reciclaje diferentes, le habla a Simón con precaución -. Ya sabe que en los colegios Montessori nos sentimos muy orgullosos de no coartar el desarrollo natural de las capacidades innatas de cada niño... y Héctor sin duda muestra claras dotes de liderazgo... pero esto nos parece excesivo...

Frente a los adultos, desfilan hacia la salida los niños, en columnas de a cuatro y marcando el paso de la oca.

- ... vamos a tener que hablar con su hermana, hay que tomar medidas... odio decir esto, pero quizás el niño necesita un poco de disciplina.

Simón no sabe mucho de pedagogía infantil, pero diría que lo que menos necesita Héctor es disciplina: marcial, pasea frente a sus tropas marcando el ritmo con golpes de talón. ¿Es posible que un adulto de treinta y pico años sienta envidia de un niño de siete? Ese mocoso tiene masa propia... Tiene tanta masa propia, que su tío empieza a pensar que *Los niños del Brasil* quizás no era una película de ficción.

“ola ermanito”.

Cree que va a derramar sangre por los ojos. Le pasa cada vez que lee un wasap de Carmen. Para que luego digan que las haches son mudas...

“cambio de planes.la xica q limpia tiene a su marido en ospital.no sta en casa.tendras q qedarte con ector asta la noxe.lo siento te lo compensare.no me llames me quedo sin bateria.besos mil”.

Simón, vestido con su ropa nueva y perfumado hasta las cejas, se queda observando a su sobrino. Lo imagina con bigotito y hablando en alemán. Y en un remolino de su pelo negro, cree ver la imagen de Irene. Quedan setenta y tres minutos para su cita. *Estar contigo o no estar contigo es la medida de mi tiempo*. Y derrama sangre por los ojos.

## 10.

Ella es de esas personas que puede vivir sin coche, porque siempre tiene a alguien que la lleve a todas partes<sup>xi</sup>. Pero esta vez ha decidido pasear. Y bajo las acacias japonesas de la calle Zurbano, siente que Simón ha puesto en marcha cosas. Cosas que en su interior llevaban tiempo inmóviles, anquilosadas, con él han empezado a rodar. Y al advertir el feliz acontecimiento, el corazón de Irene, emocionado, se salta un latido. Mientras el resto de su cuerpo se salta el paso de cebra.

- ¡Pavaaaaaa! ¡Mira el semáforo antes de cruzar!

Estos taxistas, siempre tan cordiales... y tan dicharacheros. De algún modo, Irene sabe que se dirige a una cita a ciegas, por lo que intenta arrojar algo de luz mediante la linterna más potente que existe: fantasear.

“¿Será fumador? Espero que sí... hay algo profundamente poético en la silueta de un hombre expulsando el humo, expulsando los fantasmas sucios que inundan su cuerpo... Quiero que fume, pero que jamás le huela el aliento cuando me bese”.

Desea con todas sus fuerzas que no haya intentado vestirse para impresionarla. Que no lleve una americana llamativa, o unos zapatos acharolados, o una corbata de alguna marca carísima, o peor aún, pajarita...

“Si lleva tirantes con dibujitos infantiles a juego con los calcetines me levanto y me largo”.

---

<sup>xi</sup> Muchas veces, ese alguien es un amable taxista. Recordemos que Irene, aunque gana una miseria sumando el sueldo de sus dos trabajos, es rica de familia.

Le cansan esos pretendientes que intentan sorprenderla, y que no saben que lo que menos sorprende a una mujer es un hombre empeñado en sorprenderla permanentemente, alguien tan previsible... Lo que le gustaría es que Simón vistiese algo de pana. Sí, sabe que la pana está pasada de moda, y hace mayor, pero desea que Simón lleve pana sobre su cuerpo.

“Que fume, por favor, y que lleve pana...”.

Y es que, desde niña, está convencida de que nadie que vista de pana puede hacerte daño.

## 11.

Simón mira obsesivo la hora. Tanto, que el reloj de la Plaza Mayor le parece el aleph del mundo: no refleja el tiempo, lo crea.

- Tío, me pica.

- ¿Qué te pica?

- Ahí bajo.

- ¿Ahí bajo? - habla distraído: toda su atención se centra en intentar averiguar bajo qué arcada tendrá lugar la aparición - ¿Qué quieres decir con ahí bajo?

- Me pica la pilila. Tengo pis.

- ¡¿Ahora?! Ahora no puedes tener pis.

- Pues me meo.

Su tío mira de nuevo el reloj, quedan cinco minutos para las seis en punto: bajo ningún concepto va a apartarse de la estatua ecuestre de Felipe III. ¿Y si justo, mientras acompaña a su sobrino a buscar un aseo, aparece Irene y al no verlo se larga? Murphy siempre está al acecho...

- ¿Ves ese bar que hay ahí enfrente? Parece muy limpio, seguro que los váteres están relucientes. El tío te espera aquí.

- Tengo siete años. No puedo caminar solo por la ciudad.

¿Está mirando a su tío con una sonrisa que podría ser calificada de diabólica?

- No hay ningún peligro, no te voy a quitar el ojo de encima...

- Imposible. Mamá me lo tiene prohibido.

- Entonces vas a tener que aguantarte un poquito el pis - habla entre dientes, intentando disimular la tensión, mientras observa en todas direcciones.

- De eso nada. Aguantarte el pis produce cáncer.

Simón cree que va a entrar en colapso multiorgánico. ¿Cuál es el protocolo de emergencia para canguros que se enfrentan a pequeños dominatrix neonazis?

- Héctor, hoy haremos una excepción: puedes ir solo hasta la puerta de ese bar, entrar al baño y volver. El tío te autoriza y te vigila desde aquí. Va, adelante, que ya eres un chico mayor.

- Como quieras, tío... pero cuando volvamos a casa esta noche le explicaré a mamá que hemos jugado a que yo voy solo a unos lavabos en un bar, esquivando a toda la gente rara que hay por aquí... así no hará falta decirle lo de la excepción, no quiero que se enfade contigo. ¿Te parece?

Ahora, sin duda alguna, su sobrino sí sonríe con cara diabólica.

- ¿Gente rara? No digas bobadas, Héctor, aquí... aquí no hay gente rara - mientras lo dice, observa como les observa con ojos golosos un ser andrógino que va caracterizado como Eduardo Manostijeras, incluidas las cuchillas en lugar de dedos -. Gente rara, menuda tontería...

- Bueno, me voy a hacer pis al bar. Espero que no me pase nada, tío...

- ¡Escúchame bien! - sus nervios no lo soportan más: para encarar a su sobrino se ha puesto en cuclillas, mientras sujeta al niño por los hombros ejerciendo una presión a todas luces superior a la recomendada por los colegios Montessori si se quiere prevenir la traumatización infantil - ¡¿Ves a ese señor?!

Señala con un gesto a Eduardo Manostijeras, que sigue observando a Héctor con ojos golosos mientras mueve de modo siniestro las cuchillas que tiene por dedos.

- Sí, claro...

- Se está aguantando el pis desde 1990 por miedo a bajarse la bragueta. Y mira qué sano parece. Si él puede, tú también.

Ha hablado en un tono de voz tan expeditivo, que en la cabeza de su sobrino surge una pregunta: “¿Es este mi tío?”. Y en la de Simón desaparece una pregunta: “¿Irene va a creer que soy un moñas incapaz de imponerse a un mocosito de siete años?”.

- Como... como quieras, tío. Me aguanto el pis.

“Pues tampoco parece tan afectado por el rapapolvo... Está visto que lo que más traumatiza a un niño, es la obsesión de sus padres por no traumatizarlo”.

- ¿Qué miras, tío?

- A ver si veo a una amiga, había quedado con ella aquí.

“Ha venido y al no verme se ha largado... soy un desgraciado, he perdido mi oportunidad... como siempre”.

Aupado en el reborde, agarrado al rejón que bordea el pedestal de la estatua, escruta obsesivo en todas direcciones buscando a Irene.

Y Simón maldice su suerte averiada.

Porque el pobre no sabe que, tarde o temprano, si se tiene la suficiente paciencia, lo recuperamos todo. De un modo u otro, siempre lo recuperamos todo.

## 12.

“Que fume, por favor, y que lleve pana...”.

Entra por el Arco de Cuchilleros.

“Que fume, por favor, y que lleve pana...”.

Allí está, de espaldas a ella. Subido en el bordillo, agarrado a la reja. Mirando en todas direcciones, buscándola. Con un cigarrillo colgando bajo el bigotillo ridículo. Y con su uniforme de poeta. De poeta rural: chaqueta de pana, con pantalón de pana.

“Pobrecillo, viste tan mal...”.

Y en lugar de ir hacia él, recula y se esconde entre las sombras de los soportales de la plaza. Porque sabe que hay objetivos que, si se persiguen directamente, no se alcanzan nunca.



- Guapetón, ¿me das fuego?

La voz es pura Carmen de Mairena. El físico, Priscilla Reina del Desierto. Y el respingo que ha dado Simón al verse abordado de un modo tan tórrido, casi le hace caer del rejón que bordea a Felipe III y a su caballo.

- Sí... sí... claro...

- No te había visto nunca por aquí.

El aliento a carajillo hace temer a Simón que con la lumbre, de esa boca pintarrajeada brotarán llamaradas de dragón, carbonizándolo.

- No... no vengo mucho a la Plaza Mayor.

Mientras enciende el mechero para ofrecer fuego, su mano temblorosa entra en sincronía con su mirada temblorosa: allí

está. Irene cruza la plaza en su dirección. Y sin ser un hombre religioso, Simón siente que está presenciando una aparición mariana. ¿Es ella así de guapa, o la guapa es la luz del atardecer que la ilumina de un modo tan mágico? Por supuesto que es así de guapa, a Irene ninguna luz le hace justicia... Y sin ser un hombre religioso, Simón siente unos deseos irreprimibles de peregrinar a Roma para encender una candela de agradecimiento.



El mayor éxito del reinado de Felipe III, fue la denominada *Pax Hispánica*: durante su mandato, los españoles disfrutaron de un largo periodo de paz, cosa muy poco habitual en la época. Gran parte de ese logro, es debido a la buena relación que mantuvo el monarca con su homólogo inglés, el rey Jacobo I. Éste estaba casado con Ana de Dinamarca, y el matrimonio tuvo nueve hijos que se criaron en un entorno muy conservador. Sin embargo, los historiadores han descubierto recientemente que el monarca inglés tuvo al menos tres relaciones homosexuales, en diferentes periodos de su vida (la primera, con 13 años; su amante tenía 37). El más apasionado de sus idilios lo mantuvo con el duque de Buckingham; en una de las cartas que le escribió, el rey se identifica en femenino, y manifiesta así su amor por el duque: “Preferiría vivir desterrado en cualquier parte de la tierra contigo, que vivir una vida triste de viuda sin tí”.



¿A qué chico en su sano juicio se le puede ocurrir seducir a la chica que le gusta llegando a su primera cita acompañado de un niño y Priscilla Reina del Desierto? Los hombres hacen cosas muy locas cuando desean a una mujer... y esa idea no pude evitar hacerla sonreír.

“¿Por qué estoy caminando hacia él?”.

No tiene una respuesta clara. Solo sabe que necesitaba hacerlo. Tras estar un rato observándolo en la penumbra, protegida bajo los soportales de la plaza, ha sabido que necesitaba hacerlo. Necesitaba salir a la luz.

“¿Por qué estoy caminando hacia él?”

Eso una chica lo nota, una mujer sabe cuándo está viendo al suyo. Al que quiere para siempre a su lado.

“¿Por qué estoy caminando hacia él?”

Estás caminado hacia él porque la vida sabe más que nosotros. La vida siempre sabe más que nosotros. Por eso a veces hay que dejar que sea ella la que decida.

### 13.

- Hola, Simón. ¿Es amiga tuya?

- ¡¿Amiga mía?! ¡No, que va! Solo... solo estaba dándole fuego.

Priscilla Reina del Desierto, ante la llegada de semejante rival, reconoce su derrota y se aleja muy digna tambaleándose sobre sus plataformas de vértigo. Como una gran diva, ante las calabazas se limita a lanzar al aire con mucho garbo su llamativa boa de plumas fucsia, que cae justo en el cuello de Felipe III. ¡Menudo brazo tiene esta mujer! ¡Menuda puntería!<sup>xiii</sup>

- Te noto cambiado.

- ¿Yo? No sé...

- ¡Claro! Te has cortado el pelo.

“Sí, me he cortado el pelo. Porque necesitaba convertirme en otra persona”.

- Ah, eso... sí, ya me hacía falta.

Simón no ha dicho lo que sentía porque, aunque tiene poca experiencia, su sentido común le dice que si en una primera cita se empiezan a soltar frases que parecen sartenazos, esa primera cita es la última.

- Hola, yo soy Irene - encantadora, le ofrece la mano a Héctor - ¿Tú cómo te llamas?

- Mamá me tiene prohibido hablar con desconocidos.

- ¡Héctor! Ella no es una desconocida... ella es Irene - se siente huérfano de convenciones sociales que le ayuden a salir de semejante atolladero -. Puedes hablarle.

- Tengo pis.

---

<sup>xiii</sup> Si las estatuas de bronce pudieran pensar, a buen seguro esta estaría pensando: “Conseguir la *Pax Hispánica* para acabar así...”.

Algo no le cuadra a Irene: él es a todas luces un hombre bueno, no hay más que ver cómo le habla al niño. Demasiado bueno para ser un gran poeta, los versos sublimes necesitan tormenta. Pero ella ha leído su obra, y es increíble... ¿Cómo alguien con aspecto de preparase una bolsa de agua caliente en invierno para caldear la cama, puede escribir algo así?

- Quiero mear.

- Héctor, aguanta un poco... es mi sobrino, mi hermana no podía hacerse cargo de él esta tarde...

Simón se siente como la bola de una máquina de petacos.

- No pasa nada, me encantan los niños. Pero, ¿te encuentras bien?

- Sí. ¿Por qué?

- No, por nada - parece preocupada -. Es que esa sonrisa me recuerda a cuando a mi padre le dio el ictus.

¿No te gustaba su genuina ingenuidad, Simón? Pues toma dos tazas.

- No, estoy bien... es que no esperaba que hiciese tanto calor... y la pana, ya sabes...

- ¡Tengo pis!

Todo sucede muy deprisa: de la nada aparece un jovencuelo granujiento. Por los granos, y por granuja.

- ¡Cuidado!

Agarra el bolso de Irene y echa a correr. Ésta se queda pasmada, sin saber cómo reaccionar. Al igual que Simón.

- ¡Tío! ¡Cómo en las películas!

El ladrón ya está a medio camino de los soportales, donde a buen seguro se escabullirá para perderse por los callejones que rodean la plaza.

- ¡Se va a escapar con el bolso! ¡Haz algo, tío!

El tironero afloja el ritmo, confiado. Y de repente recibe un impacto en la cabeza que lo deja k.o.: Priscilla Reina del Desierto, que lo ha visto todo en la distancia, le ha lanzado su bolso plateado tras hacerlo rodar sobre su cabeza como si fuesen unas boleadoras. ¿Llevará dentro una mancuerna de

gimnasio? Menudo chichón... La situación es tan idiota que recuerda al argumento de una ópera contemporánea.

- ¡Esperadme aquí! - sale flechado como un jaguar con la cola ardiendo.

- ¡No! ¡No vayas, puede ser peligroso! ¡Que se quede mi bolso, me da igual!

- ¡Dale su merecido, tío!

Simón, mientras corre, se siente como una de esas siluetas que hay en las galerías de tiro a las que les llegan balazos por todos lados. No sabe lo que va a hacer, pero sabe que si no hace algo, se arrepentirá.

- ¡Dame eso!

- ¡Los cojones te voy a dar!

Simón lo tiene muy claro: si hoy le rompen la cara le dolerá una vez; si no le demuestra a su chica que es capaz de defenderla, le dolerá toda la vida. Maldito superyó tocapelotas...

- ¡Lárgate, *pringao!*

El chaval se ha puesto en pie y tira de un extremo del bolso, mientras Simón tira del otro. Priscilla Reina del Desierto se acerca para ayudar, pero muy despacio: con sus plataformas, caminar sobre los adoquines es un verdadero ejercicio de equilibrismo. Y de postre, Eduardo Manostijeras da vueltas alrededor de los contendientes, observándolo todo mientras mueve sinuoso sus cuchillas, pero sin intervenir, como si fuese un *voyeur* vicioso. La guerrilla de Pancho Villa, menuda cuadrilla... ¿Es que en esta plaza no hay nadie normal?<sup>xiii</sup>

- ¡O te largas o te rajo!

---

<sup>xiii</sup> En estos tiempos de susceptibilidades a flor de piel, queremos pedir disculpas si alguien se ofende por el uso de la palabra “normal”. La hemos utilizado en su acepción estadística, no moral: lo más frecuente, lo que más abunda. También queremos pedir disculpas a cualquier colectivo (admiradores de Felipe III, tironeros, señores que disfrutan disfrazándose de Eduardo Manostijeras...) que se pueda sentir ofendido o parodiado por los hechos narrados en este capítulo. Y por último, queremos que nos disculpen aquellos lectores que se sientan ofendidos porque pedimos demasiadas disculpas. En resumen: pedimos perdón a todo el mundo.

Ha sacado una navaja. Simón suelta el bolso. Maldice su mala suerte: ¿por qué cuando de niño su abuelo le apuntó a actividades extraescolares, eligió ajedrez en lugar de kárate?

- ¡Ese bolso no es tuyo! ¡Dámelo!

- *Pal* pelo te voy a dar como no te largues, *pringao*.

Y sin saber cómo, nuestro hombre lanza una patada contra el cuchillo, que sale volando por los aires. Luego le propina un puñetazo al chaval, que no puede creerse que de la nariz le salga sangre. Priscilla Reina del Desierto ya llega, en plan séptimo de caballería.

- Ya te cogeré, *pringao*... - el muchacho echa a correr, tras lanzar una mirada amenazante - ¡Tú y yo nos veremos las caras!

El pequeño Héctor se ha quedado muñeco. Irene, ídem. Y Felipe III lo lleva de serie. No se lo pueden creer: va y resulta que alguien que viste de pana sí puede hacerte daño.

## 14.

- Tu sobrino te mira con unos ojos de admiración...

- ¿Tú crees? Nunca lo había notado...

Los dos se sonríen, inseguros. Intentando quedar bien.

- Es normal. Has recuperado mi bolso tras enfrentarte a un navajero. Para él eres un héroe.

“¿Y para ti, Irene? ¿Qué soy para ti?”

Simón no se atreve a preguntarlo, por lo que se limita a sonreír de nuevo, torpe, intentando otra vez quedar bien. ¿Por qué en las primeras citas todo el mundo se empeña tanto en quedar bien? Bueno, bien pensado, es normal: no olvidemos que una primera cita es el plano a escala de una vida.

- No ha sido nada... cualquiera hubiese hecho lo mismo.

- No, cualquiera no.

En esa primera cita miras la distribución de la vivienda, su orientación, las calidades, la habitabilidad, su belleza... ¿Es de fiar el contratista? ¿Hará realidad todo lo que ahora me promete sobre el papel?

- ¡Pero Irene! ¡Eso son lágrimas! ¿Por... por qué lloras? ¿He dicho algo que...?

- No, que va... - ella siente las manos de Simón, que ahora toman sus codos, intentándola consolar pero sin querer traspasar una barrera; de un modo tan encantadoramente noble, que le hace pensar que este hombre amasa su propio pan y borda sus iniciales en las sábanas -. No es nada, ya se me pasa...

- Por favor, dime por qué lloras.

Charlan en la puerta del retrete masculino, en una cafetería junto a la Plaza Mayor. Mientras esperan a que Héctor salga de hacer sus necesidades.

- Lloro porque...

- ¿Sí?

- Porque nunca nadie se había pegado por mí.

La mirada de Simón se anatomiza hasta atomizarse: parece pretender ser consciente de cada una de las moléculas de Irene.

- Yo tampoco me había pegado nunca por nadie.

- ¿De verdad?

- De verdad.

Ahora se ve a sí misma como esas mujeres que se temen cuando están a punto de emborracharse. Sienten miedo de sus propias reacciones, de lo que van a decir, a hacer... de la persona en la que se van a transformar si se dejan llevar y toman otro trago. Y se deja llevar.

- Vaya... pues esto es una especie de pérdida de virginidad para los dos.

Ríen sin ganas. Pero con las risas llegan las ganas, y sin saber cómo, se sienten un par de imbéciles felices.

- ¿Por qué lo has hecho? - sería genial que sonase una música superromántica, pero la verdad es que lo único que se escucha de fondo es la cadena del váter: parece ser que Héctor no solo tenía pipí - ¿Por qué te has pegado por mí?

- Yo... no sabría explicártelo...

- Inténtalo, por favor. Es importante para mí.

Ahora ve en estado puro lo que más le gusta de él: su fragilidad. A la mayoría de sus amigas les gustan los “solucionadores de problemas”, hombres muy seguros de sí mismos. Pero ella es diferente. De hecho, está hasta las narices de guaperas de gimnasio que tienen opiniones inamovibles sobre cualquier tema, a pesar de que creen que Kandinski es un delantero del Spartak de Moscú. ¡Para Irene ver dudar al hombre que tiene ahora enfrente es un espectáculo conmovedor que la embelesa! Siempre cuesta conectar con la gente, cuando no estás seguro de cómo la gente está conectada a ti. Pero en el caso de Simón, ese proceso se multiplica por mil... y a ella eso le encanta. Le encanta justo lo que a Simón más le avergüenza: qué curioso es esto del amor.

- Lo he hecho porque tú... a ver cómo me explico... uno no puede ser anónimo él solo, solo puedes ser anónimo en grupo... - se expresa lleno de vergüenza; encantadoramente torpe -. Pues con el querer pasa algo parecido, no puedes querer tú solo, querer es siempre a alguien... y yo, cuando se trata de conocer a alguien, sobre todo si es una mujer... me asusto - no tiene muy claro si el que habla es él o una lerda versión de sí mismo con media docena de cervezas en el cuerpo -. Llevo años intentándome convencer de que se puede vivir sin amor, y ya casi lo había logrado... y de repente, apareces tú.

Ignora por dónde continuar. E Irene no parece dispuesta a ayudarle<sup>xiv</sup>.

- Me pasa como a esa escritora nigeriana que solo se sintió negra cuando emigró a EE.UU. y vio que la trataban de modo distinto... pues a mí con esto del amor, igual - quizás no es una metáfora muy afortunada, sobre todo teniendo en cuenta que a Simón hay siete editoriales que le quieren publicar sus poemas, pero el pobre está tan nervioso... -. Pensarás que estoy loco, nos acabamos de conocer... pero lo que quiero decir es que hasta que no estás enamorado, pues no sabes lo miserable que era tu vida sin amor.

*Atravesar un dolor, y no saberlo.*

- Y ahora no sé qué hacer porque estoy seguro que tú no sientes lo mismo que yo y entonces yo me voy a...

Ella acerca sus labios a los de él, y le da un beso.

- ¿Por qué... por qué has hecho eso?

- Porque me parece la manera más maravillosa que existe de hacer callar a alguien.



Esta es una fotografía de los dos únicos testigos del primer beso entre Irene y Simón:

---

<sup>xiv</sup> Ninguna mujer en su sano juicio lo haría cuando un hombre se le está declarando. Porque, aunque no lo parezca, Simón se está declarando.



## 15.

Pasean Carrera de San Jerónimo abajo. Y como pasa siempre tras un primer beso, el entorno se hermosea. Ahora ven lo que una hora antes no podían ver: el otoño ha enralecido a los chopos; y con el caer de la noche, sus siluetas envaradas parecen dibujadas a plumilla.

- Y tú... ¿a qué te dedicas?

- Soy poeta. Ya lo sabes.

Pero toda esa belleza nueva se topa con una gestualidad torpe. ¿Le cojo la mano o no se la cojo? Con una conversación trabada. ¿Lo estropearé todo si le gasto la broma que me apetece gastarle?

- Sí, sé que eres poeta. Pero supongo que no vives de eso.

Y es que a la felicidad hay que acostumbrarse. Porque la felicidad, al principio, produce un susto. Cuando la ves ahí, delante de ti, no te acabas de creer que tan solo tienes que alargar el brazo y cogerla... ¡¿Y si se me cae de entre las manos rompiéndose en mil pedazos?!

- Claro, por supuesto... qué tonto soy, perdona... hablas de mi trabajo...

El susto de la felicidad. El susto a los grandes espacios naturales: un tiempo ancho, ancho y cómodo, se abre ante ti.

- Soy profesor.

- ¿Dónde?

- En la universidad.

- ...

- En la Complutense.

- ¿Pero... qué enseñas? ¿Literatura?

- No, que va. Doy clases de estadística avanzada.

- ¿Estadística... avanzada?

- Sí, soy matemático.

Ella no acaba de creérselo. ¡Este hombre es un pozo de sorpresas! Irene creía que le gustaba la gente diáfana, sin tabiques interiores: tan solo con verlas, ya te han mostrado todo su espacio. Gente *loft*. Y va y resulta que se está enamorando de un hombre que parece un laberinto...

- ¡Tío, tío, mira lo que hago!

Héctor coge carrerilla y, cuando llega a la pared del Hotel Palace, da un brinco y hace el pino.

- ¡Muy bien, estás hecho un gimnasta!

Le aplauden, y el niño echa a correr para repetir su hazaña unos metros más adelante: desde lo del puñetazo está hiperexcitado; va atolondrado arriba y abajo pero sin perder de vista a su tío, como esos perrillos que no se acaban de creer la suerte que tienen de que su amo los haya sacado a pasear.

“¿Héctor me mira de un modo... diferente?”.

Sí, Simón. Héctor te mira como jamás te había mirado antes. Y quizás sea porque tú esta tarde también te miras como jamás te habías mirado antes.

- ¿Por eso te viniste a vivir a Madrid, por el trabajo?

- No... no entiendo.

- Ayer me dijiste que eras valenciano - Irene disimula mejor el susto de la felicidad, pero también parece más nerviosa que decidida.

- ¡Ah, eso! Sí, nací en Valencia, pero... - de repente, la misma plumilla que dibujó los chopos, dibuja tristeza en el rostro de Simón -. Mi hermana melliza y yo vinimos a vivir a Madrid de niños, teníamos tan solo seis años

Y ella, al ver en los ojos de Simón el repentino desamparo, sabe que su historia juntos ya ha cruzado esa frontera sinuosa que separa lo superficial de lo profundo. Volviéndolo todo íntimo.



Extracto de la conversación que mantendrán Irene y Simón justo al despertar en la cama tras haber hecho el amor por primera vez<sup>xv</sup>:

- ¿Por qué te gustan tanto las matemáticas?

- Porque las matemáticas lo explican todo.

- ¿Todo...?

- Todo. Explican el mundo, completo.

Entre las sábanas se expande un silencio. Que seguramente las ecuaciones también podrían parametrizar.

- ¿Y a ti por qué no te gustan?

Irene reflexiona antes de hablar.

- Porque las matemáticas explican un mundo que solo se puede vivir si olvidas las matemáticas.



- ¿Os vinisteis a Madrid por el trabajo de tus padres?

- No, qué va... ojalá. Mis padres murieron en un accidente de tráfico - lo dice mirando al frente, como si el pasado estuviese delante de él, como si en la acera yaciesen aún los hierros retorcidos del accidente; mientras, Irene le observa: esos pómulos altos, a lo explorador mogol, requerirían de unos ojos rasgados, pero Simón los tiene grandes y redondos, como un dibujo animado japonés -. Mi hermana y yo nos vinimos a Madrid, a casa de mis abuelos. Ellos nos criaron.

- Debió... debió de ser muy duro.

- Sí. Pero ya ha pasado mucho tiempo de eso.

Lo dijimos antes hablando de los chopos, un beso lo hermosea todo a su alrededor. Incluso la tristeza: Irene cada vez lo ve más guapo. Hasta la pana empieza a parecerle elegante.

---

<sup>xv</sup> Sí, el lector está en lo cierto, esto es un *spoiler*; y es también un *flashforward*, el opuesto al más habitual *flashback*. Y ahora, cómo no, llega el turno de las disculpas: por anticipar esta escena (no nos hemos podido resistir) y por el uso de anglicismos en lugar de las maravillosas palabras que existen en español para traducir *spoiler* (destripe), *flashforward* (prolepsis) y *flashback* (analepsis).

- Bueno, cuéntame algo de ti - se nota que el pobre quiere cambiar de tema.

- No hay mucho que contar. Soy hija única, mis padres viven en La Moraleja y tienen un disgusto de muerte porque tengo dos trabajos que me encantan pero por los que me pagan una miseria.

- Aparte de en la editorial... ¿qué más haces?

- Por las tardes soy vigilante de sala aquí al lado, en el museo Thyssen - sonrío, orgullosa.

- ¿Te pasas toda la tarde vigilando cuadros?

- Cinco horas. Todos los días de martes a domingo.

- ¿No es... no es un poco aburrido?

- En absoluto.

- ...

- Si te gusta charlar no te aburres ni un minuto.

- ¿Hablas... hablas con la gente que va al museo?

- No, que va - "a la porra el susto de la felicidad: soy como soy" -. Hablo con los cuadros.

- ...

- Te aseguro que la mayoría de las veces los cuadros tienen conversaciones mucho más interesantes que la gente que va a verlos.

- ...

"¿Este hombre no estudió en el bachillerato que la forma suprema del saber es la pregunta? Es como si tuviese un cupo diario de palabras y, una vez gastadas, a fastidiarse: no se abre la boca hasta el día siguiente".

- Te parece que estoy un poco loca, ¿verdad?

- ¿Loca? ¿Tú? ¡No! ¡Qué va! Yo es que no sé mucho de pintura y...

- ¡Tío, tío! ¡Eso es una manifestación?! - Héctor viene corriendo y señala hacia la fuente de Neptuno - ¿Por qué llevan banderas rojas?

- Porque son sindicalistas, reclamando derechos para los trabajadores.

- ¡Qué emocionante! - los ojos le chisporrotean: en menos de una hora ha pasado de militar en las juventudes hitlerianas a soñar con ser un joven partisano; la tarde está siendo muy intensa... - ¡Vamos, vamos a meternos dentro! ¡Así puedes pegarle un puñetazo a algún manifestante!

- ¡No digas tonterías, Héctor! ¡A la gente no se le pega!

- Pero antes tú, a ese chico que había robado el bolso...

- Eso ha sido una emergencia. La violencia es una forma horrible de solucionar los problemas, y solo debe utilizarse como último recurso. Además, esos sindicalistas no hacen daño a nadie, más bien todo lo contrario: ejercen un derecho constitucional para intentar mejorar la sociedad.

Simón coge de la mano a su sobrino, que parece decepcionado. Bordean la plaza entre la multitud de manifestantes, dejándolos atrás conforme bajan por el bulevar del Paseo del Prado. Nadie dice nada, e Irene se desespera:

“¿Este hombre cree que puede exhibir un instinto paternal tan sexy y luego quedarse así de pancho?! Es como si yo le hubiese recibido en mi despacho de la editorial vestida tan solo con lencería fina, para luego ponerme a hablar de trabajo...”.

Confirmado: no hay nada que excite más a una mujer que un hombre sin urgencias.



- ¿Nos sentamos en este banquito?

- Sí, claro, ¿estás cansada?

- No, que va - se sientan, mientras Héctor corre hacia los columpios -. Pero me apetece disfrutar de esta tranquilidad, rodeada de árboles. Respirar aire puro.

En efecto: les rodean árboles. Además de diez carriles de tráfico rápido.

- ¿Te importa si fumo?

- No, adelante. ¿Puedo... puedo decirte una cosa?

- Sí, por supuesto.

- Tienes los ojos más bonitos que he visto nunca.

¡Arrea! Simón empieza a toser: ¿en las películas ese tipo de frases no las dice el chico?

- ¿Yo? Bueno... no sé... - y la tos, que no se quiere ir -. No es para tanto, los ojos están sobrevalorados...

Irene ríe. Simón tose. Pero sigue hablando, muy formal. Hipercongestionado, pero muy formal.

- No, en serio. Dos ojos bonitos solo tienen sentido en una cara. Esos mismos ojos en un plato de postre son horribles - y dale con la tos... -. Y mi cara ya la ves, es lo más parecido a un plato de postre que puedas imaginar.

Lo dice tan serio que a ella las carcajadas le hacen soltar lágrimas. Y Simón, que no sabe nada de mujeres, sí es capaz de intuir que cuando haces reír a una como Irene está riendo ahora, ya tienes la mitad del viaje hecho. Por eso se atreve a preguntar.

- ¿Qué... qué es lo que te gustó de mis poemas?

Ella se pone seria. Antes de responder le observa, y se lo imagina con patillas románticas. Becquerianas.

- En una editorial lees de todo, te lo puedes imaginar. Pero lo que más abunda son los poetas que están obsesionados con que cada verso les haga pasar a la posteridad. Para ellos todas las palabras importan... y cuando todas las palabras importan, ninguna palabra importa en realidad - él se limita a mirar su boca, como si aún no se creyese que esos labios han tocado los suyos minutos atrás -. En tus poemas, sin embargo, las palabras parecen no importar... son descoyuntados, pequeñitos... frágiles pero tozudos, desaliñados... cada uno de tus poemas es como un polluelo chiquitín que recoges del suelo tras caerse del nido... tan liviano que crees que está hecho de puro aire... pero sientes en el cuenco de tus manos su calor, y su latido propio, y descubres entonces que en realidad está hecho de pura vida.

Simón acoge los piropos agachando la mirada.

- ¿No... no hay nada que te chocara?

- ¿A qué te refieres?

- Algo que te llamara la atención...

- Todo el poemario llama la atención. Al principio te confieso que me extrañó la heterogeneidad de los poemas... son tan diferentes entre sí... ¡Cada uno es una sorpresa!

- Y eso es malo, claro.

Irene ahora vuelve a sentirse confusa: ¿por qué este hombre parece empeñado en abaratar su obra?

- ¡Eso no es malo! Es cierto que es muy poco habitual, los autores suelen tener un tono más homogéneo a lo largo de un mismo poemario... pero al releerlo por segunda vez, me di cuenta... advertí que... - antes de continuar se lo piensa, no quiere parecer redicha en una primera cita: el susto de la felicidad - advertí que al igual que un hombre puede ser padre de dos hijos, pero no puede serlo del mismo modo, quizás un poeta puede ser padre de dos versos, pero serlo de manera muy diferente.

Ha enunciado la comparación sin ser consciente de que sus palabras son en sí mismas un poema. Pero Simón sí debe haberlo notado, porque alza el rostro, y sus ojos tiemblan.

- Mis poemas... mis poemas no tienen padre... no tienen alma... yo... yo soy un fraude...

- ¡Pero Simón! ¿Qué tonterías dices?! Ayer me tomé la libertad de pasarle un programa antiplagio a tu poemario, lo hacemos de forma rutinaria con todas las obras que queremos publicar, no te ofendas. Y el resultado fue claro: producción original cien por cien. ¡Has creado una maravilla!

- Tú no lo entiendes... soy un fraude... si supieses la verdad no querrías volver a verme - cabizbajo de nuevo, susurra; parece un monito de feria deprimido tras ser capturado, y que en un rincón de su jaula espera a morir de hambre -. Soy un fraude.

- Acaso... acaso los ha escrito... - Irene no sabe qué pensar - ¿Esos poemas los ha escrito otra persona?

- ¡No! - el monito ha alzado rostro y voz, como si le hubiesen aplicado una corriente eléctrica -. No es eso, esos poemas no los ha escrito otra persona... yo no le he robado esos poemas a nadie... pero...

- ¡Tío, tío! - Héctor llega corriendo y Simón lo acoge como acogería un flotador el último náufrago del *Titanic* - ¡Tengo hambre!

- Pues vamos a buscar un sitio...

- ¡Quiero cenar en el McDonald's! ¡Quiero cenar en el McDonald's!

Nuestro hombre, tras el trance, intenta recuperar presencia.

- Podemos ir a cenar donde quieras - recuperar seguridad en sí mismo: se avergüenza tanto de haberse mostrado ante Irene tan débil... con lo bien que iba la tarde -. Pero hay dos palabritas que los niños educados tienen que pronunciar cuando se pide algo - lo dice componiendo el rostro salomónico del hombre que ya ha criado a dos docenas de hijos.

- ¿Dos palabritas? - el niño frunce el ceño para pensar con mayor intensidad.

- Sí, dos palabras que te abrirán muchas puertas. Seguro que te acuerdas de esas dos palabritas...

- Dos palabras que me abrirán muchas puertas... ¡Lo tengo! ¡Lo tengo! ¡¿Tire y empuje?!

Y ante la cara de pasmado de Simón, Irene de nuevo rompe a reír. Pero su risa ahora suena nublada.



Prolepsis (o sea, *flashforward*).

Dos semanas después de este encuentro, Irene va a ver cumplido uno de sus sueños: el museo Thyssen acogerá una exposición temporal de Picasso, su pintor preferido, y ella forma parte del equipo de vigilantes. Tras la avalancha inicial de visitas típica de los primeros días, la sala que tiene a su cargo se queda mucho más tranquila...

- Estoy saliendo con un chico que me gusta mucho, pero el otro día le dije una mentira... y me siento mal.

- Hay mentiras y mentiras, seguro que no es tan grave. ¿De qué se trata?

- Le dije que tiene los ojos más bonitos que he visto nunca.

- ¿Y no es verdad?

- No. Tiene los segundos ojos más bonitos que he visto nunca.

- Vaya... - le da un trago a su absenta -. Y... ¿qué ojos son los primeros en tu lista?

- Los tuyos.

- Bueno, me halagas... - se sonroja, aún más -. Pero yo soy una pintura, no cuento.

- ¡No digas eso, Margot! ¡Claro que cuentas!

Entran en el McDonald's de Atocha, que está a tope. Mientras hacen cola para pedir guardan silencio, como si los dos supiesen que se tiene que hablar de algo importante, y ese algo requiriese cierto recogimiento previo, un poco de intimidación supersticiosa... Algo así como los toreros en capilla antes de salir a la plaza.

- ¡Familia, ¿qué quieren para cenar?!

Familia... ufffff. Hacen el pedido, y siguen guardando silencio, mientras intentan habituarse al intenso ruido que reina en el local. Ruido auditivo y ruido visual: la manifestación sindical que vieron en la fuente de Neptuno ha acabado, y familias enteras devoran McMenús mientras sus pancartas y banderas rojas están apoyadas contra las cristaleras de la multinacional ultracapitalista.

- ¿No tienes la sensación... - Irene lo dice pensativa, como si tuviese la cabeza en otra parte - de que en el fondo ha sido todo un teatro... y los actores estaban deseando que acabase la función para salir a cenar a un restaurante con la familia?

¿Ha sonado algo clasista? Quizás un poco, pero no se lo tengamos en cuenta: ella no es una *snob*, ni una malcriada. Ni siquiera es una mujer caprichosa. Pero cuando desde niña has vivido rodeada de comodidad, es fácil no ver la comodidad.

- Sí, puede ser... pero, ¿qué hay de malo en que la clase proletaria se hamburguese?

Lo ha dicho tan serio... con esa formalidad almidonada con la que lo dice todo. Y que a ella le hace reír, porque no es capaz de conectar con la solemnidad de Simón. Y ya se sabe que, si no conectas con la solemnidad, la solemnidad se vuelve cómica.

- Aquí tienen su pedido. Y recuerden que hoy tenemos barra libre de refrescos. Pueden rellenar sus vasos las veces que quieran.

Cada uno con su bandeja se abren paso hacia la única mesita que queda libre. Los rudos sindicalistas miran a Irene, y sus caras mudan hacia la desolación, al sentir que han echado sus vidas por el retrete (y no precisamente por temas laborales). “Jamás antes había atraído la atención de nadie al entrar en un local...”, piensa Simón. Y se siente un poco Dios.

- ¡Tío, ¿puedo irme al parque de bolas?! - por culpa de su hiperexcitación, Héctor se ha comido su hamburguesa en un santiamén - ¡Por favor, por favor!

Simón no puede negarse; al fin y al cabo, el niño ya ha cenado, y parece que aprendió las dos palabritas mágicas que abren puertas.

- Claro que sí. Pero no salgas a la calle.

Héctor arranca a correr armado con su vaso de Coca-Cola, mientras su tío traga saliva: ahora que están solos, la hora de la verdad ha llegado.

- No has probado tu McEnsalada...

¡¿Eso es todo lo que se te ocurre decir, McGallina?! ¡Espabila, que esto no es un maldito poema! ¡Esto es la vida!

- No tengo hambre...

Ella le explicaría que es vegana y se han equivocado de ensalada, la que tiene delante lleva beicon. Pero no lo hace, siempre que intenta explicar en una comida las razones de su veganismo, tiene la sensación de que el animal devorado acababa siendo ella.

- ... tú tampoco has tocado tu McPollo.

“No quiero comer, no quiero beber. No quiero nada, estoy demasiado lleno de ti. Y cuando te cuente lo que tengo que contarte no querrás volver a verme...”. Simón está tan asustado que una versión kamikaze de sí mismo toma el mando dispuesta a hacerse saltar por los aires, en pedazos.

- Irene... ¿por qué me besaste antes?

- Ya te lo dije, para que te callaras - y sonrío.

- Hablo en serio.

- ¿Hablas en serio? - lo ve tan inseguro que no se atreve a decirle la verdad -. Pues entonces te confesaré que, teniendo en cuenta que otras seis editoriales quieren publicarte, necesitaba utilizar todas mis *armas de seducción masiva*. No te lo tomes como algo personal, beso a todos los autores que me interesa captar.

Y Simón el Kamikaze se inmola, a lo loco.

- ¿Mis poemas... a cambio de tu cuerpo? Suena a trueque medieval.

Lo dice con la falta de diablura que tienen los buenos estudiantes de matemáticas. Sin canallaje. Pero a ella su atrevimiento tan poco atrevido la desarma.

- Te besé porque sabía que tú no lo harías jamás. Soy editora, y sé que la vida es una pésima novelista que muchas veces inicia historias que no acaba. Historias maravillosas que nunca suceden porque ninguno de los dos se atreve a confesarle al otro que quiere que sucedan.

Al escucharla, Simón por un momento piensa que los tubos de tungsteno de los neones emiten una luz capaz de hacer florecer a los ficus de plástico del McDonald's. Y es que en este tipo de locales siempre hay presente un sustrato de previsión racional. De lógica estandarizada. Pero a la vez, son lugares donde acaban sucediendo las cosas más inesperadas. Cosas raras.

- Necesito saber si me besaste... porque te gusto como soy, *como soy yo...* o me besaste porque te gustan mis poemas. Necesito saberlo antes de contarte algo.

¿Es rara o no es rara la preguntita?

- No sabría qué decirte...

- Inténtalo, por favor, es importante. Cuando te lo cuente todo lo entenderás.

Menudo mal trago están pasando los dos... Aunque para mal trago, el que está pasando una niña que saltaba alegremente junto a Héctor en el parque de bolas: éste le agarra ahora la cabeza a la pequeña, y la estrella compulsivamente contra la pared de cristal. Una y otra vez, una y otra vez... ¿Es saludable

para un cerebro en formación semejante meneo? Los padres de la niña deben de pensar que no, porque se abalanzan espantados para separarlos, pero Héctor se escabulle de ellos con agilidad y corre por todo el local riendo. Recuerda vagamente a Chucky Muñeco Diabólico... ¿Cómo es posible un comportamiento tan extraño en un niño tan bien educado? Quizás tenga algo que ver que el chaval, sin la supervisión de un adulto, ha rellenado ya cuatro veces su vaso de Coca-Cola de medio litro. Si a su hiperexcitación previa le unimos una dosis de caféina que transformaría en mercenario al Dalái Lama, cualquier cosa puede pasar...

- Me haces una pregunta muy complicada.

- Lo sé, y lo siento. Por supuesto, estás en tu derecho de malinterpretarme, pero no es mi intención.

- ¿Me... me estas pidiendo disculpas porque yo no te entiendo?

“¿Por qué no eres un poquito más normal?! ¿Por qué sencillamente no me intentas llevar al huerto?! ¿Es que no ves que soy vegana y estaré encantada?!”

- Sí, también lo sé... siempre he sido un hombre demasiado complaciente. Y eso te molesta... soy un estúpido.

Lo ve hablar tan incómodo, tan estructuralmente incómodo... Como esas jirafas que para beber en la charca abren todo lo que pueden las patas delanteras, pero el cuello no les alcanza a pesar del despatarre, y deben alargar mucho la lengua, sufriendo, pero necesitan beber... y tú piensas: ¿es la evolución tan sabia como dicen?

- Irene, por favor... ¿me besaste a mí... o estabas besando a mis poemas?

Y entonces ella sabe que debe salir en busca de palabras que no existen. Tal vez por eso le coge la mano a Simón, antes de hablar.

- A ti te gusta la poesía... deberías saber que es imposible distinguir al bailarín del baile.



Ahí va otro *flashforward*: Simón, impartiendo su clase de estadística avanzada del día siguiente.

- ¡Chicos! ¡Prestad atención a estos ejemplos! ¡Es importante!  
Y mientras habla, escribe en la pizarra:

∞ *Sistemas caóticos tipo 1: la meteorología. Al intentar predecirla, no la modificas. Al tiempo atmosférico le trae sin cuidado lo que tú opines sobre su futuro.*

∞ *Sistemas caóticos tipo 2: tu vida. Al intentar predecirla, la modificas. Con lo que es imposible anticipar nada. Al tiempo vital no le trae sin cuidado lo que tú opines sobre su futuro.*



Irene no dice nada más, pero Simón cree escuchar: “Adelante, bailarín, puedes contarme lo que quieras. Confía en mí”.

- Siempre he soñado con ser poeta... desde niño escribo versos. Bueno, para serte sincero, empecé a hacerlo tras el accidente... creo que fue la manera que mi cuerpo buscó para seguir hablando con mis padres - el resto del mundo ahora no importa; tal vez por eso se han olvidado de Héctor, que en estos momentos se está bebiendo otro medio litro de Coca-Cola -. Pero la verdad, mis poemas eran muy malos, nunca he escrito nada que valga la pena...

- ¡No digas eso! Escribes maravillosamente...

- Por favor, déjame acabar. Tienes que saber la verdad - hasta su firmeza es frágil -. Desde jovencito me presenté a concursos, a recitales, a todo tipo de eventos... nunca conseguí nada. Ninguna editorial jamás quiso ni conocerme.

- Pero, entonces... ¿me has mentido?

- No, Irene. Yo a ti no te mentiría jamás. Ten un poco de paciencia.

Daría lo que fuese porque en un establecimiento con un nombre tan escocés, sirviesen McGüisqui. Para tomarse uno, y

que ese güisqui le diera el valor de tomarse otro, y así hasta morir o hasta atreverse a besarla. Pero como el McGüisqui todavía no existe, le da un largo trago a su McFanta de naranja.

- Mis poemas solo me gustaban a mí, tuve que afrontarlo. En el colegio ni siquiera era bueno en literatura... la verdad es que en lo único en lo que he destacado en esta vida es en matemáticas. Por eso hice un doctorado y conseguí plaza en la Complutense.

Héctor, mientras tanto, se ha echado al suelo en medio del local y hace flexiones de brazo frenéticamente, como si estuviese poseído, mientras un corrillo de sindicalistas ríe y le jalea.

- ¿Sabes quién es David Cope?

Ella niega con la cabeza, no se esperaba este nivel de concreción. Simón, por toda respuesta, saca su móvil, le conecta unos auriculares y se los ofrece.

- Escucha esto, por favor.

Y durante los siguientes cuatro minutos, el mundo será para Irene como un televisor sin sonido, por el que se transmiten imágenes de plástico. Pero a esas imágenes Simón les ha superpuesto una banda sonora orgánica, nutritiva: la melodía que está escuchando es pura vida.

- ¿La reconoces? - coge los auriculares que ella le devuelve y bebe mucha Fanta: tiene la boca seca.

- Sin duda es Bach. Me recuerda a su versión del *adagio* Marcello, pero no sabría decirte qué obra es... - reina en su rostro la confusión -. Es extraño, adoro a Bach, y creía haber escuchado ya todas sus composiciones. Pero esta maravilla no la conocía.

- No es extraño, Irene. Esta pieza es de Bach... pero no la escribió Johann Sebastian Bach.

“¿Tú crees que este es momento de acertijos?”. Lo estrangularía, pero no lo hace. Porque observa el temblor en sus ojos y se imagina que las lágrimas de Simón son lágrimas burbujeantes con sabor a naranja: no se estrangula a alguien que llora Fanta.

- Y si no la escribió Bach... ¿quién la compuso?

- EMI.

- ¿E... mi? ¿Era un... un discípulo de Bach que se llamaba Emilio?

- Las siglas EMI significan en inglés “experimentos en inteligencia musical”. Es un *software* creado por David Cope, que es profesor en la Universidad de California. Le llevó siete años desarrollar el programa, pero cuando EMI estuvo listo, compuso cinco mil corales en un solo día. Siempre imitando el estilo de Bach, todo su diseño algorítmico se ha especializado en ese músico.

Quizás sea porque está tratando temas técnicos y se siente seguro de sí mismo, pero por primera vez desde que lo conoce, a Irene le parece que Simón habla con una resonancia escultórica. Como si sus palabras fuesen la realidad, no una descripción de la realidad. Y esa cosificación del mundo en su voz, a ella la sublima. O sea, la pone muy caliente, para entendernos.

- ¡No pongas esa cara! Ya sé que te sientes una ingenua por haber sido incapaz de percibir el engaño, pero tranquila, no eres la única - el pobre Simón confunde la calentura de Irene con ingenuidad; sabe tanto de matemáticas... y tan poco de mujeres - . EMI continuó mejorando y en poco tiempo ya era capaz de imitar a Beethoven, Chopin, Rajmáninov y Stravinski. Y mejoró tanto que lanzó un álbum al mercado, *Classical Music Composed by Computer*, que se vendió estupendamente. Esta popularidad disparó las suspicacias entre los aficionados a la música clásica. Al final, un reputado especialista, el profesor Steve Larson de la Universidad de Oregón, lanzó un reto a David Cope para llevar

a cabo una especie de duelo de vaqueros, pero utilizando música en lugar de pistolas. Larson propuso que pianistas expertos interpretasen tres piezas, sucesivamente: la primera de Bach, luego otra de EMI y por último una del propio Larson. Tras estas actuaciones, el público debía adivinar quién era el autor de cada pieza. Larson estaba convencido de que cualquier melómano advertiría sin dificultad la diferencia entre la sensibilidad humana y la mecanicidad del *software*. David Cope no se achantó: aceptó el reto. El día fijado para el duelo, una multitud de amantes y profesionales de la música clásica se congregaron en la sala de conciertos de la Universidad de Oregón. Y cuando las interpretaciones acabaron... se votó.

- Y, ¿qué pasó?

Sabemos que el lector está intrigado con el resultado de este reto, pero también está preocupado por Héctor; al pobre se le va tan indefenso, tan perdido... Mira si se encuentra perdido que en estos momentos está en las cocinas del McDonald's, orinando sobre un incendio que ha provocado él mismo, mientras ríe a carcajadas.

- ¿El resultado de la votación? El público creyó que la pieza de EMI la había creado Bach, que la de Bach era genuina de Larson y que la de Larson había sido compuesta por un ordenador.

- No fueron capaces de distinguirlas... parece increíble.

- Y lo más increíble es que el siguiente paso fue utilizar el diseño algorítmico de EMI para que crease *haikus*, esos versos japoneses muy sencillos y algo abstractos.

- ¿Y... funcionó? - pregunta con miedo.

- Vaya si funcionó: en un experimento que se hizo, los lectores no eran capaces de distinguir los *haikus* creados por el *software* de los *haikus* creados por los humanos<sup>xvi</sup>.

---

<sup>xvi</sup> Aunque parezca increíble, todo lo que acaba de decir Simón es rigurosamente cierto. Tal vez suene a lugar común, pero nos vemos en la obligación de reproducir la manida frase: la realidad siempre supera a la ficción.